

PUCK

EN EL CINE

Lisbeth Werner



Puck, la joven danesa que sabe divertirse con sus amigas y amigos..., y también sabe ayudarles cuando están en apuros. Puck, estudiante, deportista, capitana... y detective. Puck, cabecita loca... pero gran corazón.



Lisbeth Werner

Puck en el cine

Puck - 6

ePub r1.0

algarri 14.06.14

Título original: *Puk har en nyhed - Puk som filmsjerner*

Lisbeth Werner, 1954

Traducción: Josefina Dalmau Casademon

Ilustraciones: R. Cortiella

Editor digital: algarri

ePub base r1.1







Puck se había sentado en el desembarcadero y contemplaba el lago Ege.

El atardecer era delicioso. Apenas soplaba viento y la superficie del lago estaba lisa como un espejo, salvo en las proximidades inmediatas del desembarcadero, donde rebotaban pequeñas olas que balaceaban lentamente las dos barcas que allí se hallaban amarradas.

Su permanencia en el pensionado de Egeborg había desarrollado del modo considerable la receptividad de Puck para los encantos naturales. Así lo reconocía ella misma, absorbida en sus pensamientos y disfrutando intensamente de la belleza de aquel crepúsculo estival en el que los resplandores del sol poniente encendían maravillosos reflejos dorados en el cielo, por encima de

las espesuras verdes del Bosque del Oeste.

Sí, había cambiado mucho y no podía evitar una sonrisa al recordar a la Bente Winther, la pequeña ciudadana preocupada que experimentaba una gran desconfianza hacia gentes y cosas, y que ahora se había convertido en la despreocupada y alegre Puck, que se sentía como pez en el agua en la bienhechora atmósfera del pensionado. Jamás se habría imaginado que hubiera tanta hermosura en las degradaciones de las sombras y de la luz por entre las nubes, en el imperceptible cambio de matices del follaje, en el temblor del viento en medio de las mieses ondulantes, o en el delicado contraste del verde intenso de los abetos al tinte más suave de las matas de helechos.

Pero lo que ocupaba particularmente el corazón de Puck, en tanto su mirada erraba distraída por la superficie del lago, eran los acontecimientos que habían tenido lugar unas horas antes, durante la clase de danés, y que lamentaba sinceramente.

Su profesora, la señorita Holm, había analizado unos poemas de Drachmann, el gran poeta nacional. Aquello no formaba parte del programa, pero la señorita Holm poseía un alma romántica y Holger Drachmann era su poeta favorito.

La señorita Holm era joven y linda. Los muchachos la admiraban sin reserva. Y las muchachas sentían también hacia ella una sincera admiración, no exenta de celos. Confusamente comprendían que la señorita Holm les aventajaba infinitamente en todos los dominios.

Se expresaba con gracia; sabía infinidad de cosas; ¡y era tan bonita! Pero aquel día todo había ido mal, todo...

La señorita Holm (se llamaba Benedickte Holm y así se la había llamado desde sus comienzos en Egeborg para distinguirla de otra señorita Holm, algo mayor que ella, y que era la «capitana de Puck y sus amigas»), había tenido la desdichada idea de declamar un poema de Drachmann: «Oigo en la noche el murmullo...». Era un poema bastante difícil de comprender, pero había entusiasmado a la señorita Holm; sin preocuparse de la evidente indiferencia de sus alumnos. Y poseyendo una naturaleza inclinada al romanticismo, había intentado hacerles descubrir sus bellezas:

*«Oigo en la noche el murmullo
misterioso de tus canales,
Venezia: es como un jirón
de púrpura exangüe y blonda suave
que el pasado viene a colgar
bajo tus puentes muertos para fascinar
nuestra nostalgia...».*

Cuando hubo acabado la lectura, la señorita Holm cerró el libro y dijo con fervorosa sonrisa:

—Bien, hijos míos, ¿qué pensáis de ello?

Hubo un largo silencio, que finalmente Karen rompió para preguntar, sin la menor emoción, con un realismo muy positivo:

—¿Por qué dice «Venezia»?

—Porque Venecia en italiano se dice «Venezia».

—¿Y por qué lo dice en italiano, si el poema está en danés? — insistió Karen.

La señorita Holm prefirió hacer caso omiso de esta observación.

—¿Hay otras preguntas?

—Señorita Holm, ¿qué significa púrpura exangüe?

—¡Oh! Es una imagen poética. Drachmann buscaba traducir la impresión que despertaba en él el espectáculo del sol poniente bajo los canales de Venecia.

—¿Qué quiere decir «el murmullo misterioso de los canales»? — preguntó Cavador, quien estaba totalmente desprovisto de sentido poético.

—¡Vamos! —dijo la señorita Holm un tanto molesta—. Está claro: se refiere al ruido del agua.

—A mí más bien me parece que el agua hace «colp, colp» — comentó uno de los muchachos— en lugar de murmurar.

—Seguramente el agua de Venecia sí murmura —comentó la señorita Holm, que empezaba a enrojecer.

Aún no comprendía que no había estado acertada en la elección del poema. Opinaba que la clase entera estaba demostrando mala voluntad aquel día y se sentía herida en lo más profundo de su amor propio... El momento de la catástrofe se acercaba...

—Y era como un jirón..., como un jirón, que el recuerdo del pasado cuelga de los viejos puentes... Es una bella imagen, simple y maravillosa... No es necesario explicar eso, supongo —prosiguió la profesora, obstinándose.

Pero ante sí sólo veía rostros incomprensivos, e intuía confusamente que hubiera sido prudente dejar a Drachmann y ocuparse de temas más accesibles.

—¿Alguien entre vosotros ha visitado alguna vez Venecia? —preguntó en un intento desesperado de ganarse la atención de sus alumnos.

—No —dijo Alboroto ingenuamente—. Pero mi tío tiene un comercio de mercería en Frederiksværk.

Aquella asociación de ideas más bien descabellada provocó una sonora carcajada en toda la clase.

La señorita Holm frunció el entrecejo y de un modo que no presagiaba nada bueno.

—¿Qué relación tiene eso con Venecia? —preguntó mordaz.

Alboroto reflexionó en silencio. ¡Él no había tenido el menor deseo de provocar la risa de sus compañeros!

—Es que en Frederiksværk también hay canales —declaró—. Toda la ciudad está cruzada por canales. Es muy bonito. Puede uno pasearse en barca y...

Nuevas risas sofocadas surgieron por doquier, a pesar de que ya toda la clase se había dado cuenta de que la tormenta iba a estallar de un momento a otro.

Pero ¡demasiado tarde! Alboroto se puso en pie y contempló a sus compañeros con expresión estupefacta; sus orejas estaban rojas como amapolas. Sus intenciones habían sido buenas, pero se daba cuenta entonces «¡tarde, ay!», de que las mejores intenciones pueden acarrear a veces los más deplorables resultados.

La voz de la señorita Holm se dejó oír, helada, terrible:

—¡Hugo, estarás una hora castigado!

Alboroto bajó la cabeza y no dijo nada. El castigo que caía sobre él era de una insoportable injusticia, pero ¿qué podía hacer? En la clase, las risas y los murmullos dejaron lugar a un silencio hostil y reprobador del que la señorita Holm sintió en el acto todo su peso. Era la muda protesta de los adolescentes por la injusta decisión; era

el espíritu de camaradería que se afirmaba súbitamente en todo su vigor.

La clase prosiguió, pero un pesado malestar reinaba en ella. Persistió por unos momentos, hasta que la campana sonó y los alumnos salieron en medio de un aplastante silencio. Como la profesora se volviera para cerrar la puerta, se encontró con la mirada llena de rencor de Puck, lo que produjo en la joven una inmensa sensación de tristeza y culpabilidad. Aquellos ojos azules, claros y puros la acusaban sin piedad.

Ahora aquellos recuerdos llenaban la mente de Puck, en el desembarcadero. Ella había querido siempre mucho a la señorita Holm, aunque sintiera, como sus compañeras, un sentimiento extraño de inferioridad en presencia de la joven y bonita profesora; pero aquel día había comprendido que toda su aparente seguridad era mera apariencia.

Su mirada vagabundeó por el lago. Sus ojos siguieron la progresión de una ligera ola que bordeaba la superficie y acabó por romperse en el desembarcadero, para desaparecer debajo de las mal ensambladas planchas de madera, donde murió en un murmullo apenas perceptible.

¿Apenas perceptible?

Los versos escuchados en clase le vinieron al pensamiento.

«... el murmullo
misterioso de tus canales...».

Eso era lo que Drachmann había querido decir. Las palabras «murmullo misterioso» trataban de expresar aquel casi imperceptible ruido que hacía la ola, al morir contra los pilares del embarcadero. ¡Sí, estaba clarísimo! Pero no era en clase donde la señorita Holm hubiera debido leerles el poema, sino allí, junto al lago.

Se propuso hablar de aquello a la señorita Holm a la primera ocasión. Tal vez le gustara...

En aquel punto de sus reflexiones oyó ruido en el parque, detrás de sí. Se volvió y vio a la señorita Holm que, en compañía de un anciano señor de cabellos blancos, se dirigía a pequeños pasos hacia la orilla del lago. Un perro de pelo marrón y blanco corría ante

ellos.

La señorita Holm se inclinó para recoger un trozo de madera, que tiró al lago. El perrito, ladrando alegremente, se zambulló y empezó a nadar en dirección a la madera. Pero de pronto se detuvo, como atrapado por mano invisible. Empezó a agitarse, a chapotear nerviosamente en el agua sus patas anteriores, pero no conseguía avanzar un solo palmo.

—¡Dinah! ¡Dinah...! Ven, perrito, ven... —gritó el señor de blancos cabellos.

El perro se volvió, tratando de ganar la orilla con desesperados esfuerzos, pero en vano. Un invisible objeto parecía haber apresado sus patas posteriores, inmovilizándolo.

Puck se dio cuenta inmediatamente de lo que estaba ocurriendo y supo que había que actuar sin pérdida de tiempo. Se quitó los zapatos y las medias y se zambulló.

* * *

¡Dios mío! ¿Qué ha ocurrido?

—¡Nada!

—¿Era profunda el agua? ¿Hacías pie?

—¿Te ha mordido el perro?

Puck negó con un gesto.

—¡No ha pasado nada! Ya os lo he dicho. ¿A qué vienen tantas preguntas?

—¿Oís, chicas? ¡No ha pasado nada! —dijo Inger—. Acaba de salir del lago empapada hasta los huesos y todo lo que dice como explicación es que ha salvado a un perrito que se estaba ahogando.

—Tal como os digo. Una de sus patitas había quedado atrapada en una especie de red metálica y yo se la he soltado. ¡Es todo! ¿Qué más puedo deciros?

Sus amigas la rodeaban y Puck se sentía incómoda, como le ocurría siempre que era centro de la atención general.

—Siempre le ocurren cosas formidables —dijo Navio, impresionada—. ¡Y sólo te ocurren a ti!

—¿Y de quién era el perro? —preguntó Inger

—Perteneía a un señor anciano, de cabellos blancos, que se paseaba con la señorita Holm... Me refiero a Benedickte Holm.

—¡Vaya, otra vez ella! Por lo visto hoy tiene ganas de hacerse notar...

—Tiene todo el derecho de pasearse por el jardín, si le parece bien —dijo Puck—. Admito que ha sido muy injusta con Alboroto, pero no por ello debemos ahora echarle la culpa de todo lo que vaya a suceder...



—Ha actuado de modo incalificable —repuso Karen, molesta—, y no me parece que sea de buena compañera tratar de excusarla.

—¡Un momento! Yo trato tan sólo de averiguar por qué razón se ha comportado como lo ha hecho. ¿No te parece eso razonable, Inger?

—Sí, evidentemente —dijo Inger, conciliadora.

Sus amigas la consultaban siempre cuando se trataba de admitir un juicio tipo Salomón.

—Deberíamos tratar de averiguar qué le ha ocurrido a nuestra profesora para enojarse, tienes razón, Puck. ¿Quién era el señor de cabellos blancos?

—Se llama Birck, y es un profesor retirado.

—Y ¿qué hacía aquí?

—Parece ser que está pasando unas vacaciones en casa de su sobrino, el señor Holm, propietario de Oestergaard.

—¡Ah, el tío de la señorita Holm!

—Exactamente. Vive con él, pero hoy estaba dando un paseo con nuestra profesora de danés, en compañía del perrito. ¡El perrito se llama Dinah, y es adorable!

—¿Es en serio que no te ha mordido?

—¡Claro que no! Sin embargo, este lago es más profundo de lo que yo había supuesto y su fondo está enlodado, ¡Puf!

—¿Qué te ha dicho el señor Birck cuando le has devuelto el perro?

—Estaba muy contento, lo mismo que la señorita Holm. Pero ¿qué os parece si cambiáramos de conversación ahora? En el fondo todo esto carece de importancia...

—Si me permitierais...

Aquellas palabras habían sido pronunciadas por Alboroto, el cual, seguido por su inseparable Cavador, se había acercado a las jovencitas sin que éstas se dieran cuenta

—¡Nos has asustado, monstruo!

—No me interrumpáis, chicas... Decía que, si me permitierais pronunciar unas pocas palabras, os propondría algo que sin duda encontraríais sensacional.

Se sentó en el césped, junto a las muchachitas, y se puso a contemplar la bóveda celeste. Cavador se tendió a su lado.

—Si he comprendido bien —elijo Alboroto—. Puck ha hecho de nuevo una hazaña que le ha valido honores y alabanzas sin par. Todo esto está muy bien, pero...

—¡Os lo repito de nuevo! —exclamó Puck—. Basta ya de este asunto... Ya os he dicho que no tenía ninguna importancia...

—Mi querida señorita —dijo Alboroto con solemnidad— es preciso que hablemos de ello y tú no deberías expresarte en ese tono y menos a mí, que, como sabéis, soy un ser inteligente y reflexivo. Yo creo que hay que aprovechar lo sucedido, este maravilloso acto de abnegación que has tenido, Puck...

—¡No empecemos de nuevo! —gritó Puck.

—Calma, calma... Como te decía, tu acto de abnegación me ha hecho reflexionar y sacar unas conclusiones que, estoy seguro, van a interesaros a todos profundamente...

—¡Por lo que veo no tienes mala opinión de ti mismo! —exclamó Karen.

—Claro que no, y es natural. El día en que por fin caigan en la cuenta de que soy genial, convendréis conmigo en que no hay más remedio que admirarme —repuso Alboroto, imperturbable—. En resumen, tengo una idea que consiento en confiaros, con la condición de que os calléis como tumbas. Acabo de descubrir que en el pensionado de Egeborg nos falta algo y no comprendo cómo nadie lo ha descubierto hasta ahora.

—¿Qué nos falta?

Todos estaban estupefactos y Alboroto levantó las manos para proseguir:

—Tenemos todo cuanto unos alumnos pueden desear, es cierto. El señor Frank, nuestro director, es perfecto desde todos los puntos de vista y yo me encuentro muy bien aquí. No se trata de esto, sin embargo... Me falta algo... ¡Un periódico nuestro!

Miró a su auditorio, disfrutando del efecto que causaban sus palabras

—¿Eh...? ¿Qué me decís...? ¿Tengo o no tengo razón? Hubo un corto silencio meditabundo, tras el cual, Karen gritó:

—¡Esta vez, chico, hay que reconocer que eres verdaderamente genial!

—Formidablemente palpitante —exclamó Navio.

—¡Soy de la misma opinión! —aprobó Puck—. Pero ¿cómo se hace para publicar un periódico?

—Supongo que basta con ir a un impresor y encargárselo. Evidentemente aquella última reflexión pertenecía a Annelise. Las demás exclamaron en seguida:

—Pero ¡eso costaría millones!

—Creo que podrían hacérselo económico, tratándose de colegiales... En el despacho del director hay una máquina de escribir... Si nos atreviéramos a pedírsela...

—Eso quiere decir que hay que contar nuestro proyecto al director ¿no? —exclamó Alboroto—. ¡Estoy de acuerdo! A él hay que decírselo. Así que ya puedes ocuparte de ir a su encuentro, Puck.

—¿Yo? —Puck parecía aterrorizada ante la idea.

—¡Claro! ¿Acaso no ha sido tuya la sugerencia? —dijo Alboroto.

—Id los dos —sugirió Inger. Y como siempre que Inger sugería

algo, su proposición fue aceptada al momento, sin la menor protesta.

Inger gozaba de una reputación muy justificada de sentido común y seriedad, lo que le valía la estima de profesores y compañeros.

Alboroto y Puck se encaminaron hacia el despacho del director. No sabía aún cómo presentarle su idea y aquella entrevista les preocupaba un poco. La amabilidad del director era sobradamente conocida por todos. Por lo tanto, acabaron por avanzar con resolución. Pero justo en el instante en que iban a subir los peldaños de la entrada al edificio principal del pensionado, vieron un gran *limousine* negro detenido en la puerta.



Un chófer uniformado bajó de él y respetuosamente abrió la portezuela a dos caballeros que, ya con los pies en el suelo, permanecieron unos momentos inmóviles, contemplando el lugar.

—¡Vaya! El espectáculo es de primera... —comentó el más joven de los dos caballeros.

Puck pensó que debía de tener unos cuarenta años; iba negligentemente vestido con un chaquetón de *tweed* marrón y un

pantalón de franela gris, camisa a cuadros y sin corbata. Y, a pesar del atuendo, respiraba elegancia. Su compañero, algo mayor, vestía traje gris y sombrero negro. Emanaba de él algo indefiniblemente correcto y frío, y Puck, que al juzgar a las gentes se dejaba llevar siempre por su instinto, experimentó en el acto una viva antipatía hacia él.

—¿El espectáculo?... Sí, en efecto... Esto es hermoso —comentó el hombre del sombrero negro—. Pero la casa no está muy bien cuidada y, en mi opinión, Holst, todo me parece un tanto descuidado...

—¿Descuidado? —exclamó el otro, sorprendido, mirando hacia el lago Ege—. Mi opinión es totalmente opuesta. Y no debemos olvidar, querido señor de negocios, que a mi padre le encantaba este sitio.

—Oh, no lo dudo —respondió el «hombre de negocios», con irónica sonrisa—. Le gustaba tanto que no dudó en gastarse más de 200 000

coronas en diez años... ¡Un honor!

Puck y Alboroto se habían quedado quietos, fascinados, contemplando a los dos hombres y al majestuoso chófer uniformado, así como al coche reluciente y de brillantes cromados.

—Sí, sí, ya lo sabemos —contestó el hombre de la chaqueta de *tweed*, impaciente—. No dejaré de seguir su consejo, querido amigo, pero antes trataré de hablar con el señor Frank y de darle una oportunidad. Me siento incómodo al romper así con una tradición... Pero yo no soy un hombre de negocios, sino un hombre de letras y no sé mucho de dinero ni de su manera de administrarse... Así que seguiré los consejos de usted...

—Eso me place —dijo el hombre de negocios con una sonrisa que disgustó a Puck profundamente—. Si el señor Frank, como dice, necesita dinero, es que hay algo aquí que no funciona bien, ya sean sus métodos pedagógicos, ya sea su forma de administrar el establecimiento. Además, hay más escuelas en el país de las necesarias. ¡Vamos ahora a ver a ese director! Peterson, ocúpese de nuestro equipaje...

Ninguno de los dos caballeros había reparado en Puck y Alboroto. Traspasaron el umbral principal del pensionado y

desaparecieron.

—¡Dios mío! —exclamo Puck—. Parece ser que el colegio está en dificultades... ¡Tal vez en peligro mortal! Si este señor retira su subvención...

—Confieso que no he entendido muy bien de qué hablaban —dijo Alboroto.

Puck le tomó del brazo.

—Ven —dijo—, demos la vuelta al edificio, hasta donde no puedan vernos. Allí te lo contaré.

Rápidamente se alejaron para ir a detenerse bajo unos árboles.

—Escucha —empezó Puck—. El señor Holst, el anciano y riquísimo propietario de este colegio, que vivía en Copenhague, murió hace algún tiempo. ¿Te acuerdas?

—Sí, sí. Y ¿qué?

—¿No has oído lo que decía el hombre de negocios? Durante diez años el señor Holst subvencionó el pensionado, dándole 20 000

coronas por año. Ahora su hijo, el hombre de la chaqueta de *tweed*, es un heredero; y el hombre de negocios, que debe de ser quien administra su fortuna, se opone a que siga subvencionando Egeborg.

Alboroto miró a Puck estupefacto.

—¡Sapristi! (Era su exclamación favorita en momentos de total desesperación). ¿Qué vamos a hacer?

—Por el momento, no creo que podamos hacer gran cosa —dijo Puck—. Naturalmente no hay que decirle ni una palabra a nadie de todo esto,

—¡Prometido! Y ¿qué más?

—Pues, por mi parte vigilaré estrechamente a ese par de caballeros, el hombre de letras y el hombre de negocios.

Fue del todo imposible acercarse al señor Frank durante los días siguientes, y Puck y sus compañeros se vieron forzados a esperar momentos más propicios para hablarle de su proyecto. Entretanto, hallaron un lindo título para su periódico: «La Hoja de Encina».

No era un hallazgo genial, tal vez, pero era un nombre muy aceptable para un diario escolar. Un alumno de las clases superiores, muy dotado para el dibujo, realizó una bella insignia

donde podían leerse las palabras «La Hoja de Encina» destacándose sobre fondo de hojas de este árbol.

II



Y Alboroto se dedicó a formar su «cuerpo de redacción». Tal «cuerpo» tuvo su primera reunión en el desembarcadero. El resultado fue que Cavadore se ocupara de la sección de «Fútbol», Navio de los «Consejos domésticos» y las «Recetas culinarias»; Karen de los «Deportes femeninos»; y Puck de los reportajes y las noticias diversas.

—Recordad —repitió Alboroto por enésima vez— que todo esto queda supeditado a la aprobación del alto mando.

—Pero ¿qué quieres decir con eso exactamente? —preguntó Annelise.

—Se refiere al director. No estamos seguros de que nos dé su autorización.

—¿Y por qué tendría que oponerse? —repuso Annelise, con

segundad, ya que estaba habituada a hacer siempre su voluntad... al menos en su casa, con sus padres—. A mí, la idea del periódico me parece excelente...

—Pero realizarla costará dinero —dijo Alboroto—. Precisaremos de la ayuda financiera de la escuela y...

Sus ojos se cruzaron con los de Puck y se interrumpió.

—Veamos —dijo Inger, conciliante—. Por el momento, nada se ha perdido; simplemente no nos ha sido posible hablar con el director porque tiene la visita de esos dos señores... Y ¿quiénes son, en realidad?

—¿No lo sabéis? Uno de ellos es un «hombre de negocios». Y se llama Henriksen. El otro...

—¡Es guapísimo! —exclamó Annelise, convencida—. Si queréis saber mi opinión os diré que tiene un encanto enorme. Y viste de modo «simpatiquísimo». ¿Cómo se llama?

—Erling Holst —declaró Karen, que se había documentado no se sabía cómo—. Y el magnífico coche es de él... Es un escritor... Y además se ha traído sus perros, lo que significa que piensa quedarse algún tiempo.

—¿Sus perros?

Karen asintió:

—Sí, han llegado esta mañana. El chófer ha ido a buscarlos al pueblo. ¿No los habéis visto? Son dos enormes perros de caza y se llaman Cástor y Pólux. Y el hombre de negocios, el señor Holst y el director han salido de cacería...

—Como sea —comentó Navio— confío en que esta noche podamos hablar con el director. ¡Me gustaría empezar a trabajar ya en el periódico!

El día transcurrió del modo acostumbrado. Cuando Puck terminó de estudiar, bajó por la escalera al vestíbulo en el instante en que la señora Frank salía de sus habitaciones privadas.

—Buenos días, señora Frank.

La señora se sobresaltó. Cosa curiosa, ya que ella jamás se alteraba. Sonrió tristemente y respondió:

—¡Oh, eres tú, Puck! No te había oído.

—Sin duda es a causa de mi suelas de goma —respondió Puck sonriendo ampliamente a la joven señora—. Ya he terminado de

estudiar. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Pues... Si quieres, ven a ayudarme a recoger legumbres al huerto...

—¡De buena gana! —respondió Puck, y ambas se encaminaron hacia la salida.

Puck miraba a la señora Frank de reojo.

Ambas trabajaron en silencio un buen rato, recogiendo lechugas para el almuerzo. De pronto Puck se dio cuenta de que la joven señora había vuelto la cabeza y estaba llorando.

Se le acercó en silencio. La señora Frank no se había dado cuenta de su proximidad. Seguía mirando fijamente hacia el lago, inmóvil. La vista era magnífica. Pocos lugares de Dinamarca eran tan bellos como los alrededores del lago Ege.



¡Imposible ver aquel paisaje sin enamorarse de él en seguida!

Puck comprendía muy bien el desespero de la señora Frank. Ella y su marido se habían entregado en cuerpo y alma a aquel

pensionado y ahora todo corría el riesgo de derrumbarse.

Incluso se verían obligados, tal vez, a irse de Egeborg.

Puck puso con dulzura su mano en un brazo de la señora Frank. Ésta se volvió y la chiquilla pudo ver su rostro húmedo de lágrimas.

Durante un instante ambas guardaron silencio. Después la señora Frank estrechó la mano de Puck y le dijo:

—Puck, hazme un favor. Olvida que me has visto llorar...

—¡De acuerdo!

—A veces me siento un poco deprimida —dijo la señora esforzándose en tomar un tono desenvuelto—. Pero ¡ya pasó!

Puck la miró con gravedad.

—Comprendo muy bien lo que le ocurre —dijo.

La señora Frank la miró con asombro:

—¿Cómo?

—Quiero decir que sé lo que la ha puesto triste...

—¿Tú... lo sabes?

Puck asintió con la cabeza.

—Pues bien, estoy segura de que te equivocas —dijo la esposa del director, riendo. Pero su risa sonó a falso.

—Sólo yo lo sé —continuó Puck—. Es decir también Alboroto. Ambos estábamos en la entrada cuando llegaron el señor Erling Holst y...

—El «doctor» Holst, —rectificó la señora Frank.

—Ah, perdón... No sabía que fuera médico.

—No, no lo es; pero se puede muy bien ser doctor sin ser médico. Es decir en Letras, un título universitario. Pero ¿qué me decías de él?

—Cuando llegó con el otro caballero, Alboroto y yo estábamos en la entrada y sin querer nos enteramos de una subvención de 20,000 coronas que recibía el pensionado y de que el hombre de negocios no estaba de acuerdo en que el doctor Holst siguiera dando ese dinero... ¡Pero no hemos hablado de esto a nadie!

Después de un corto silencio, la señora Frank dijo:

—Desde luego, no hay que decírselo a nadie... ¡Además, tal vez todo acabe aún por arreglarse!

—Si pudiera hacer algo por ayudar... —suspiró Puck.

La señora le sonrió afectuosamente.

—Eres una jovencita muy amable, Puck —dijo—. Pero no puedes hacer nada. Éste es un asunto muy serio... —Y concluyó—: Ven, acabemos de recoger las lechugas...

Poco después, terminada su labor, ambas se encaminaron hacia la casa. Puck no cesaba de devanarse los sesos para buscar el modo de ayudar al pensionado en peligro. Pero comprendía que, en el fondo, sólo quedaba una esperanza: la de que, al cabo, el doctor Holst decidiera seguir ayudando a Egeborg.

Puck y Alboroto descubrieron al fondo del jardín un rincón aislado, donde se sentaron sobre un tronco y se dispusieron a examinar la situación. Ante la gravedad del problema, Alboroto se sentía más bien dispuesto a renunciar a toda acción, pero Puck no era de las personas que se acobardan fácilmente.

—¿No crees que debe haber un medio de arreglar esto? —insistió ella—. ¡Siempre hay una solución! Había pensado en pedir ayuda al padre de Annelise y a otros padres ricos, pero
20 000

coronas es una suma considerable y no conseguiríamos reunirla.

—¡Lo que pone fin al asunto!, como diría Sherlock Holmes —resumió Alboroto descorazonado—. A menos que el doctor... ¿En qué has dicho que es doctor?

—En Letras... Toma, eso acaba de darme una idea... Espérame...

Estupefacto, Alboroto la vio correr como un gamo hacia la escuela. Sacudió la cabeza entre consternado y resignado. Decididamente las chicas están todas un poco locas... Unos instantes más tarde, Puck reapareció, sosteniendo en la mano un libro azul.

—¡Le he encontrado! —dijo alegre.

—¿A quién?

—Al doctor Holst. Se habla de él en el

«Who's

who». Escucha.

Y Puck leyó:

Holst, Erling: Doctor en letras. Nacido el 28 de junio de 1931 en Copenhague. Hijo de Joachim Holst y esposa,

nacida Jespersen. Bachillerado en 1949, licenciatura de letras en 1956, doctorado en 1959 (tesis influencia italiana en la poesía romántica danesa hacia 1900). Residió en Suecia de 1962 a 1964. Viajó a los Estados Unidos, Francia, Grecia e Inglaterra, de 1964 a 1970. Conferencias en Harvard, Yale, Oxford, Columbia. Ha publicado diversos estudios en Dinamarca, Domicilio: Benstorffsvej 226 b, Charlottenlund.



—Muy bien —dijo Alboroto—. Pero ¿de qué nos sirve todo eso?

—En la guerra —sentenció Puck—, lo más importante es conocer al enemigo. Ahora conocemos al señor Holst y sabemos qué hay que hacer para atarlo para siempre al pensionado de Egeborg.

—Tal vez tú lo sepas —murmuró Alboroto—. ¡Yo no! ¿Serías tan amable de contármelo?

—Pues —empezó Puck en tono confidencial—. Escucha...

El almuerzo, aquel día, tuvo un solemne aspecto. La señora Frank y los visitantes lo tomaron en el refectorio con profesores y alumnos. Naturalmente, éstos trataron de comportarse lo mejor que sabían, lo que alegró en gran manera al director. En cambio aquello más bien pareció disgustar al señor Henriksen. Erling Holst paseó su mirada por los juveniles rostros tostados por el sol y el aire libre y una imperceptible sonrisa pareció flotar en sus labios, como si se alegrara de aquella manifestación de salud y alegría de vivir. Pero el hombre de negocios se inclinó hacia él y dijo en voz suficientemente alta como para ser oída por sus vecinos de mesa:

—Sin duda nuestro papel aquí es el de agua-fiestas.

—Tal vez...

El joven doctor inclinó la cabeza:

—Pero yo estaba ahora admirando...

El señor Henriksen no le dejó proseguir, se inclinó hacia el director y le dijo:

—¿Cómo se hace en este colegio la enseñanza del danés? ¿Acaso tiene usted ideas nuevas acerca de los métodos pedagógicos?

—En realidad, no —repuso el director—. Sería sin duda exagerado decir que aplicamos ideas «nuevas» en Egeborg. Nos esforzamos, eso sí, en mantenernos al día en materia pedagógica, pero no creo que los alumnos salgan beneficiados de una ausencia total de disciplina... Después del almuerzo, le presentaré a la señorita Holm, nuestra profesora de literatura, que se interesa mucho por despertar el interés de sus alumnos hacia este dominio.

Después del almuerzo, en efecto, se llevaron a cabo las presentaciones, Erling Holst sonrió amablemente a la señorita Holm y le dijo:

—Me gustaría hablar con usted de sus autores preferidos.

Puck, que permanecía atenta, se dio cuenta de que la señorita Holm enrojecía; así mismo de que Erling Holst sonreía de modo particular. Así que no se sorprendió en absoluto cuando les vio alejarse juntos hacia el lago Ege, hablando de literatura.

Cuando abandonó el comedor, el «hombre de negocios» estaba visiblemente de muy mal humor. La señora Frank le invitó a tomar

café en el apartamento de su marido, pero él declaró que debía trabajar en su habitación. Además, necesitaba ir a Copenhague para asistir a la reunión aquella misma noche. Holst le acompañaría sin duda y ambos regresarían al día siguiente para discutir de modo definitivo acerca del futuro del pensionado.

La señorita Holm y Erling Holst regresaron poco después de su corto paseo por el jardín. Parecían alegres y felices.

Puck pensó que el momento de actuar había llegado.

Se encaminó hacia el señor Holst y dijo:

—Perdóneme, señor...

Holst se detuvo y con cierto asombro miró a la muchachita que acababa de dirigirle la palabra.

—¿Sí?

—Me llamo Puck... Es decir, mi verdadero nombre es Bente —dijo la chiquilla, un tanto incómoda—. Perdóneme por interpellarle así, doctor Holst, pero necesito pedirle un favor.

El rostro del joven doctor estaba cada vez más y más asombrado:

—¿No deberías estar en clase? He oído el timbre...

—No se preocupe por eso... ¿Puede concederme un instante?

Él asintió y Puck prosiguió:

—Quisiera pedirle... Mis compañeros y yo hemos hablado mucho de usted y... nos hemos estado preguntando si no querría usted... darnos una charla.

—¿Una charla?

—Sí —dijo Puck, con entusiasmo—. Una charla sobre poetas daneses. ¡Nadie podría hablarnos de ellos como usted!

Holst sonrió. No le disgustaba escuchar un cumplido. Se pasó la mano por la frente y dijo:

—No será posible, no estoy preparado y...

—Bastará con que nos hable un poco de poetas, que nos lea algunas de sus obras...

—Sí —dijo él, soñador—. No sería una mala idea... Podría hablaros de Jacobsen, de Drachmann...

Miró a Puck y concluyó alegremente;

—¡De acuerdo! ¡Os daré una charla! Pero ¿cuándo?

—Esta noche, si fuera posible...

—¿Esta noche? Yo debía ir a...

En aquel momento se abrió una puerta y apareció la señora Frank.

—Señor Holst —dijo—, le estaba buscando. —Miró a Puck y prosiguió—: ¿Qué estás haciendo aquí? ¿No deberías estar en clase?

—Sí —dijo Puck un tanto incómoda—. Lo sé, pero...

—Estábamos hablando —intervino Holst sin dejar de sonreír—. Bente ha venido a pedirme que dé una charla esta noche y yo estoy de acuerdo en ello.

La señora Frank pareció asombrada,

—De modo que has conseguido convencer al doctor. ¡Te felicito! Semejante charla nos causará gran placer a todos...



Puck se encaminó hacia su clase corriendo, en tanto el director y Erling Holst desaparecían por otra puerta.

Una hora después, en el recreo, Puck puso a Alboroto al corriente. El chico la escuchó con gran interés, pero cuando supo que se trataba de aquella noche se mostró inquieto.

—¿No te acuerdas de que esta noche nuestro equipo de fútbol

tiene entrenamiento? Cuando se sepa que esto será sustituido por una charla sobre el poeta Drachmann...

—Pero se traía de algo muy importante —balbuceó Puck—. La existencia del pensionado está en peligro. Deben comprenderlo...

—No pueden comprenderlo si no saben lo que ocurre —dijo Alboroto—. ¡De lo contrario todo el mundo se sentirá decepcionado!

—¡No importa! —declaró Puck—. No siempre es fácil hacer lo correcto. Debemos asistir a la conferencia todos y demostrar vivo interés.

—Tienes razón —dijo Alboroto—. Yo no he dicho que tu idea fuera mala, sólo que a los demás les costará entenderla.

Sonó el timbre y ambos se encaminaron a clase. Sombríos pensamientos sacudían la mente de Puck y los acontecimientos no tardarían en demostrar que sus temores estaban justificados.

III



Alboroto había estado acertado.

Cuando el director reunió a los alumnos para anunciarles que el doctor Holst daría una charla sobre poesía danesa, todos manifestaron abiertamente su descontento.

—¡Leernos poemas! —refunfuñó Navío—. ¡Que el diablo se lleve todos los poemas! ¡Con lo pesados que son!

—Será mortalmente aburrido —comentó Annelise.

—Tal vez no —comentó Puck, que, sin embargo, se sentía inquieta. Había notado que el director la miraba de modo inquisidor y sabía que acabaría por interrogarla.

Alboroto pasó por su lado para decirle:

—Si los demás supieran que tú has provocado esto...

—¿Crees que he obrado mal?

—No, yo sé que no —dijo Alboroto—. Comprendo tus intenciones, pero...

Hacia el fin de la tarde, el coche del señor Holst se acercó a la entrada.

—Bien, queda acordado —dijo el señor Henriksen—. Nos veremos mañana. Hubiera preferido que viniera usted conmigo, pero puesto que debe dar una charla...

Puck había sorprendido aquella escena en el momento en que ella salía para dar un pequeño paseo y meditar.

De pronto, los perros de Holst saltaron gruñendo hacia la linde del bosque, desde el cual se oyeron en seguida sus ladridos hostiles y amenazadores. Puck se precipitó tras ellos, y vio al viejo profesor señor Birck que se acercaba sin prisas, acompañado de su perrita. Los dogos se abalanzaron sobre ésta que, asustada, se escurrió arrastrándose, seguida de los otros dos animales, mientras el señor Birck se esforzaba inútilmente en llamar a Dinah.

Un agudo silbido se oyó, proveniente de la escuela; era Erling Holst que llamaba a sus perros, los cuales, dócilmente, dieron media vuelta y se fueron.

Instantes después, Dinah asomó con prudencia por detrás de un matorral, avergonzada y asustada.

—Vamos, Dinah —dijo el señor Birck—, de nuevo te has puesto en dificultades.

Entonces vio a Puck y le sonrió amablemente.

—Vaya, ahí está tu salvadora, Dinah... ¿Cómo te va, amiguita?

—Muy bien, señor, gracias —respondió Puck—. Temía que esos perros hubieran mordido a su perrita...

—Nada de eso. Seguramente se trataba de un juego. Los perros grandes suelen ser muy considerados con los perros pequeños —repuso el señor Birck con una sonrisa. Y al ver alejarse el coche del doctor Holst dijo—: ¡Qué bello coche!

—Pertenece al doctor Erling Holst —informó Puck.

—¿El doctor Holst? —exclamó el señor Birck—. Es el hijo de un viejo amigo mío, Joachim Holst, que ha muerto no hace mucho.

—Está aquí —dijo Puck—, y esta noche nos dará una charla...

—¿De veras? Me gustaría oírle. Hablaré a Benedickte de esto. Hasta la vista, hijita.

Por la tarde los profesores se reunieron en el refectorio, donde se había dispuesto una mesa para el conferenciante. El señor y la señora Frank entraron con el doctor Holst y el conferenciante, sonriente, tomó la palabra.

Evidentemente Erling Holst era un erudito. Pero para su auditorio resultaba demasiado sabio.

—Es erróneo pretender —empezó—, que la escuela simbolista francesa no ejerció influencia alguna en la literatura danesa...

Erling Holst hablaba, hablaba sin parar; arrastrado por su pasión por la literatura, había olvidado del todo a su público, el cual se aburría soberanamente. Puck se daba cuenta de que la catástrofe se avecinaba.

El calor era casi insoportable y, al cabo de un momento, el señor Frank se levantó y, abriéndose paso entre los alumnos, se dirigió hacia la ventana que daba al jardín. En aquel momento apareció el señor Birck, acompañado de su perrita. El señor Birck estrechó la mano del director y después buscó con la mirada una silla vacía. Media docena de chicos se levantaron para cederle el sitio y pusieron tanto celo en ello que derrumbaron dos sillas.

Erling Holst les miró irritado; después prosiguió: —En Drachmann, el romanticismo no es sólo la expresión de su personalidad, sino sobre todo la de la época en que vivió...



No pudo seguir hablando, porque, de pronto, desde el jardín, se precipitaron a la sala los dos perros de Holst persiguiendo a Dinah entre grandes ladridos.

¡Una enorme confusión estalló en el refectorio! Profesores, alumnos y perros corrían de un lado a otro, en el mayor desorden. Solamente Puck permaneció en su silla. Voluntariamente había cerrado los ojos y encogido los hombros, como tratando de ignorar la catástrofe que se estaba produciendo. De reojo miró hacia Erling Holst quien, entre rabioso y consternado, contemplaba lo que unos instantes antes había sido un auditorio atento y respetuoso, ávido de instruirse sobre las grandes corrientes de la poesía danesa del siglo XIX.

Al día siguiente empezó a llover, de modo que el medio ambiente se puso en consonancia con el humor de los habitantes del pensionado.

Cuando las moradoras del «Trébol de Cuatro Hojas» saltaron de la cama, Puck se apresuró a descender al encuentro de la señora Frank que salía del despacho de su marido. La joven señora parecía aún más abatida que la víspera.

—Buenos días, Puck —dijo, esforzándose en ocultar su aspecto preocupado—. La conferencia de ayer no fue precisamente un éxito, ¿eh?

Puck enrojeció hasta las orejas antes de responder. No había

podido cerrar los ojos en toda la noche, pensando en la catástrofe ocurrida durante la charla del doctor Holst. Cuando finalmente consiguieron sacar los perros del refectorio, el desorden era tal que debió aplazarse el fin de la charla. Y todo el mundo se retiró de muy mal humor.

—Me siento desolada —confesó Puck—. Pero no podía prever... Suponía...

—No tienes nada que reprocharte —le dijo la señora Frank afectuosamente—. Todos sabemos que lo hiciste con las mejores intenciones del mundo.

—Sí, pero ¿qué pensará el director?

Una puerta se abrió entonces y la voz del señor Frank sonó a sus espaldas:

—Si quieres saberlo, acompáñame.

Con la señora Frank, entró en el despacho del director. A través de la ventana se veía llover, de modo suave pero persistente.

—Siéntate, Bente —dijo el director, designándole con la mano la silla destinada a las visitas—. Me gustaría hablar un poco contigo. En realidad, debí hacerlo ayer noche, pero las circunstancias no eran demasiado propicias. Dime, ¿cómo se te ocurrió pedirle una charla al doctor Holst?

La señora Frank observó a Puck, desde su asiento, y dijo: Según me dijiste ayer en el jardín, estás al corriente de nuestros apuros económicos...

Puck asintió con un gesto.

—Sí, Alboroto y yo oímos cómo el «hombre de negocios» y el doctor Holst lo comentaban. Así yo pensé que, si conseguía interesar al doctor en las cosas del pensionado, tal vez...

—Tal vez podrías ayudarnos —concluyó el director—. Sí, tu intención era excelente, Bente, pero creo que antes de actuar debiste consultarme.

—Sí, ahora lo comprendo —dijo Puck bajando la cabeza.

—Todo esto es bastante engorroso. ¡Fue una lástima que los perros intervinieran de modo tan intempestivo! —observó el director—. Pero de nada nos servirá lamentarnos ahora...

El rostro del director pareció tan preocupado que Puck preguntó:

—¿Cree usted que el doctor Holst está enojado?

—Sí, por desgracia está muy enojado. Hablaba de irse hoy mismo, a pesar del mal tiempo... Me gustará pedirte, Puck, que continuaras guardando discreción como hasta ahora en todo este asunto.

—Puede contar con ello —dijo Puck—. Seré tan muda como una tumba.

Se levantó y se encaminó hacia la puerta. Antes de abrirse volvió a mirar al director, quien preguntó:

—¿Quieres decirme algo?

—De pronto... he tenido otra idea.

—¡Dios mío, no! —exclamó el director—. ¡No vayamos a desembocar a otra catástrofe! En fin, dime de qué se trata...

Puck se acercó de nuevo a él y continuó con locuacidad:

—Habíamos decidido pedirle a usted permiso para publicar un periódico escolar que queríamos titular «La Hoja de la Encina». Precisamente fue cuando Alboroto y yo veníamos a pedirle permiso cuando vimos llegar el coche del doctor Holst y oímos su conversación con el señor Henriksen. Tal vez pudiéramos escribir en nuestro periódico un artículo que conmoviera al doctor Holst. Podríamos hablar del colegio, contar lo felices que somos aquí... e incluso podríamos pedir a la señorita Benedickte Holm que comentara la charla de ayer y...

El rostro del director se iluminó con una gran sonrisa.

—¿No crees que sobreestimas el poder de la prensa?

Hubo un momento de silencio, después del cual la señora Frank se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—En mi opinión, la idea de Bente es excelente —dijo—. Sería un modo indirecto de excusarnos ante el doctor Holst y creo sinceramente que le debemos esas disculpas.

Abrió la puerta y se fue. El vestíbulo estaba lleno de alumnos que se encaminaban al refectorio para desayunar. El director se levantó y se acercó a la ventana, sosteniendo la pipa entre los dedos.

—¿Cuándo crees que podría salir el primer número de vuestro periódico? —preguntó.

—Oh, en seguida —exclamó Puck—. Todos estaríamos encantados...

El director regresó a su mesa.

—Compréndeme, no se trata de ninguna conspiración. Pero me gusta la idea de que publiquéis un periódico, así como el hecho de que comentéis con toda seguridad lo que para los alumnos representa el pensionado de Egeborg. ¡Yo no puedo explicárselo directamente al doctor Holst! Te hablo sin reservas, Bente, puesto que tú conoces el problema. Pero recuerda que todo esto es confidencial.

Puck se dio cuenta de que las manos del director, que jugueteaban con su pipa, temblaban ligeramente.

—No se trata sólo de las 20. 000 coronas del padre del señor Holst. Hay también otros protectores de este pensionado y corremos el peligro de que, al enterarse de esto, retiren también sus subvenciones. Ya ves que el problema es grave. Ahora lo sabes todo. Cuento con tu discreción...

—¡Puede usted contar con ella! —dijo Puck solemnemente.

Se sentía terriblemente responsable por la confianza que el director depositaba en ella.

—Ve ahora a reunirse con tus compañeros y desayuna —dijo el director—. Haced el periódico y dejadme ver los manuscritos antes de publicarlos. Podéis utilizar la máquina multicopista del colegio, lo que resolverá el problema de la impresión. ¡Adiós, Bente!

—Adiós, señor director.

Puck cruzó el vestíbulo rápidamente y entró en el refectorio. Debía comunicar a Alboroto y los demás que el director estaba de acuerdo en que editaran un periódico escolar.

La primera reunión del cuerpo de redacción tuvo lugar después del desayuno. Duró pocos instantes, pero el entusiasmo fue general. Cada cual prometió escribir su artículo aquella misma noche.

Puck fue la encargada de preguntar a la señorita Benedickte Holm si querría escribir un artículo sobre los poetas daneses del siglo XIX, y así lo hizo durante el recreo siguiente.

—¡Claro que sí! —exclamó la señorita Holm—. ¡Con muchísimo gusto!

Hubo tanto entusiasmo en su sonrisa que Puck pensó que el doctor Holst tenía sin duda algo que ver en ello. Pero lo importante era que el periódico se publicara. ¡Tal vez así pudiera demostrarse

el auténtico valor de la prensa!

* * *

A decir verdad, Puck no sabía muy bien cómo procede un verdadero periodista. No había tenido nunca ocasión de conocer a gentes del oficio y nadie la había iniciado en el trabajo de una redacción. Sus compañeros le habían encargado un reportaje, es decir suficientes noticias interesantes para ser publicadas en «La Hoja de Encina». Aquella tarea le resultaba tanto más difícil cuanto que el tiempo de que disponía era muy poco. Si la charla de la víspera no hubiera constituido un fracaso tan rotundo, hubiera podido ir a entrevistar al doctor Holst, pero tal como estaban las cosas el primer número del periódico debía constituir no sólo un homenaje para él, sino también una sorpresa. Cuando finalizaron las clases, el tiempo había mejorado un poco. Los árboles brillaban aún de lluvia, pero había despejado y Puck aprovechó aquella circunstancia para dar un paseo y reflexionar.

Se puso un impermeable, un sombrero, botas de agua y, con el cuello levantado, se encaminó hacia el lago. Cuando se disponía a bajar al desembarcadero, vio al doctor Holst y a la señorita Holm caminando juntos en animada conversación. El doctor tenía en la mano un libro, que agitaba en el apasionamiento de su charla, y Puck pudo oír trozos de lo que decía:

—... Día vendrá en que se rendirá a Drachmann el lugar y la estima que se merece.

Puck dio media vuelta sonriendo interiormente. Pensaba que lo mejor era no estorbar a dos seres unidos por una misma pasión por la poesía. ¡Mientras el doctor Holst y la señorita Holm dieran aquellos paseos hablando de literatura, no había ningún riesgo de que él abandonara el pensionado!

Después de haber estado paseando por el jardín, Puck llegó al linde del bosque y vio entonces al señor Birck con Dinah.

Al verla, la perrita se le acercó dando muestras de simpatía. Puck se inclinó para acariciarla, mientras el señor Birck decía:

—Hola, Puck... Según parece no temes al agua... Primero te

zambulles para salvar a Dinah y ahora te paseas sin preocuparte del mal tiempo. ¿Quieres pasear conmigo?

Pasaron por delante de la casa del guardabosques y se encaminaron hacia el norte, bordeando el lago. El bosque estaba espléndidamente fresco después de la lluvia y se desprendía de él un encanto indefinido, casi misterioso.

—Me encanta pasearme por aquí —dijo el viejo profesor—. De todos los lugares donde he vivido, ninguno me gusta tanto como éste. Y a ti ¿te gusta?

—¿Egeborg?

—Sí..., muchísimo —dijo Puck, quien se daba cuenta de que no era sólo por ayudar al señor y a la señora Frank que trataba por todos los medios de salvar Egeborg, sino también por sí misma.



Pasaron un rato en silencio, al cabo del cual Puck dijo:

—Quisiera pedirle algo, señor Birck... ¿Sabe usted alguna cosa en materia de periódicos y periodismo?

El señor Birck se detuvo:

—Pues, no. ¿Por qué me lo preguntas?

—Hemos decidido publicar un diario escolar, y yo debo hacer los reportajes. Pero por desgracia no sé cómo hacerlo. Debería hallar una noticia sensacional, pero... ¿dónde?

El anciano sacudió la cabeza:

—Supongo que los periodistas la buscan hasta hallarla, o bien les sale la noticia al encuentro por azar... Una entrevista al señor Henriksen no será posible porque sin duda ya no volverá a Egeborg. En cuanto al señor Holst... ¿Qué han venido ambos caballeros a hacer aquí?

Puck no respondió. Lo que sabía, no podía decirlo. El señor Birck prosiguió:

—Que yo sepa, el fallecido Joachim Holst dio durante toda su vida dinero a muchas diversas obras. Tal vez también el pensionado de Egeborg disfrutaba de su generosidad y es posible que su hijo haya venido a discutir la manera de proseguir la obra de su padre. El señor Joachim Holst no era hombre de tirar el dinero por la ventana. Si decidió financiar la escuela debió de ser por considerar que valía la pena,

—También yo pienso que vale la pena —suspiró Puck.

Habían dado media vuelta y regresaban al pensionado. Cerca de la casa del guardabosques encontraron al doctor Holst y a la señorita Holm, que continuaban absorbidos en su imaginación. Cuando la joven vio a su tío, se sobresaltó y ruborizó un poco.

—Vaya —dijo el señor Birck—. ¡Estoy contento de poder estrecharte la mano, Erling!

El joven doctor miró al anciano con asombro y al cabo su rostro se iluminó con una sonrisa.

—¡Tío Joergen! —exclamó estrechando la mano del anciano profesor—. ¡Qué agradable sorpresa! ¿Cómo es que no nos hemos encontrado antes?

—Porque ayer noche te retiraste precipitadamente a tus habitaciones —contestó el anciano riendo—. Había venido para oír tu charla, pero tus dos perrazos y mi perrita lo echaron todo a rodar. ¡Bien lo sabes!

Una nube pareció ensombrecer la expresión de Holst, pero luego volvió a sonreír.

—¡Sí, fue muy molesto! —dijo—. Además, los alumnos no

parecían estar escuchándome con demasiado interés, lo que no dejó de sorprenderme ya que habían sido ellos mismos quienes me lo habían solicitado.

Entonces pareció reparar en Puck, que se esforzaba en pasar inadvertida. La reconoció, arrugó el entrecejo y dijo:

—Fuiste tú quien me lo pediste, ¿no?

—Sí —contestó Puck tímidamente.

Se encontraba en una situación verdaderamente desagradable.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Tanto te gusta la poesía?

Puck no sabía qué decir, pero afortunadamente la señorita Holm intervino en su ayuda:

—Sí —dijo—. A Puck le gusta mucho la poesía.

El rostro de Erling Holst se iluminó de nuevo. Pareció recobrar su buen humor.

—Evidentemente —dijo—, si tus compañeros no se interesan por el tema, tú no tienes la culpa... Pero yo tenía mis dudas...

Hubo un momento de silencio, tras el cual el profesor Birck declaró:

—Tal vez debiste hablarles de cosas más interesantes...

—¡Tío Joergen! —protestó Holst.

—Perdona mi sinceridad, muchacho —prosiguió el señor Birck—. Pero creo que es contraproducente encerrar a sesenta chicos y chicas llenos de vitalidad en una hermosa tarde para hacerles oír una charla cuyo lugar adecuado hubiera sido la universidad de Copenhague.

Puso una mano sobre un hombro de Holst, pero éste la apartó molesto.

—A decir verdad —dijo— todos estos asuntos de escuelas modernas y pedagogías no me interesan en absoluto... Pero se está haciendo tarde, señorita Holm, y será mejor que la acompañe al pensionado antes de que vuelva a llover. Buenas noches, tío Joergen...

Puck y el señor Birck miraron cómo los dos jóvenes se alejaban en dirección del pensionado. Puck sentía un nudo en la garganta. Estaba a punto de llorar. ¡Todo se venía abajo! Ya no había ninguna esperanza...

IV



Después de haberse despedido del señor Birck, Puck entró en el colegio en un estado de espíritu muy pesimista. Antes de cruzar la puerta, vio pasar a unos ciclistas que se alejaban en dirección a Oesterby. Eran muchachos con camisas a cuadros, pero no les reconoció y tampoco les prestó particular atención, ya qué era bastante frecuente ver ciclistas por allí.

Con la cabeza baja, cruzó la puerta en el momento en que salía el señor Frank.

Éste, al ver a Puck, le preguntó:

—¿Has visto a alguien cruzar el jardín?

Puck negó con la cabeza.

—¿Por qué?

El director no respondió. Volvió a entrar en su despacho y dejó la puerta entreabierta, lo que permitió a la chiquilla vislumbrar dentro a la señora Frank, la señorita Holm y el doctor Holst. Después oyó la voz del director diciendo:

—Sin duda era alguien ajeno al pensionado...

—Eso nadie puede afirmarlo —dijo Holst.

El director repuso:

—¡Pues yo lo afirmo!

En aquel instante sonó el teléfono.

—Es su comunicación con Copenhague.

Puck empezó a subir lentamente las escaleras. La conversación que acababa de sorprender, añadida a los acontecimientos de los últimos días, le hacían presentir que estaba ocurriendo algo anormal. Y ¿no era ella el reportero de «La Hoja de Encina»?

—Oiga... —decía la voz del doctor Holst al teléfono—. Quisiera hablar con el señor Henriksen. Soy Erling Holst.

Hubo un silencio. Después:

—Aquí Holst... Oiga, debo preguntarle algo... La cartera que contenía las acciones que debían ser vendidas... ¿la tiene usted? ¿No? ¿Dice que estaba en mi habitación? Sí, yo también lo suponía, pero ha desaparecido. Han debido de robarla. Sí, claro, voy a prevenir a la policía. ¿Regresa usted? ¡Perfecto! Quiero hablar de todo esto con usted en seguida... Hasta pronto...

Dejó el teléfono en su sitio y dijo:

—Debemos prevenir a la policía en seguida. El señor Henriksen regresará esta noche o a lo más tardar mañana por la mañana...



—Telefonee a la policía pues —dijo el señor Frank—, cuanto antes se aclaren las cosas, mejor.

Puck estaba en el primer descansillo de la escalera. Ya lo sabía todo sobre la nueva catástrofe que caía sobre el colegio. ¡Acababan de robar unas acciones al señor Holst!

¿Cuándo se detendría pues aquella serie de tragedias?

Puck entre en su cuarto. Inger y Karen, tendidas en sus camas, leían revistas.

—¿Has dado un buen paseo? —preguntó Karen.

—Sí, gracias, excelente —respondió Puck quitándose el impermeable—. ¿Dónde está Navio?

—Ha ido también a dar una vuelta. Pudisteis ir juntas.

—No, yo necesitaba reflexionar. ¡Este asunto del periódico acabará por darme dolor de cabeza!

—¿Has encontrado una noticia sensacional? —preguntó Inger, apartando los ojos de la lectura.

—Oh, sí —exclamó Puck—. Pero no podré hacer un artículo con ella.

—¿Por qué?

—Porque no es la clase de noticias que conviene publicar.

—Cuenta, cuenta...

Puck sacudió la cabeza.

—¡Imposible! He prometido guardar silencio.

—Esa clase de promesas no han de hacerse nunca —exclamó desde la puerta la voz de Navio—. Pero, en fin, ¡una promesa es una promesa!

Puck permaneció inmóvil mirando a través de la ventana. Después dijo:

—Hay algo que sí puedo confiaros, pero con la condición de que no se lo digáis a nadie. Veréis...

Y en pocas palabras Puck puso a sus tres amigas al corriente del robo y de la conversación que había sorprendido en el vestíbulo. Las muchachitas abrieron los ojos de asombro. ¡Un robo... en Egeborg, en pleno día!

—¿Cómo es posible?

—No tengo la menor idea —dijo Puck, inclinando la cabeza—. Pero deberíamos intentar resolver el asunto antes de que llegue la policía.

—¡Imposible!

—Podemos intentarlo. Pensemos primero en si es factible entrar y salir de la habitación del doctor Holst sin ser visto.

—¿Lo probarás tú?

—No, claro. Pero podemos ver si hallamos huellas.

Las cuatro chiquillas salieron. La habitación que ocupaba el doctor Holst se hallaba al otro extremo del pasillo. Pero ¿cómo sabía el ladrón que las acciones se encontraban allí?

—¡Un momento! —exclamó Puck—. El doctor no estaba muy seguro de que su cartera se encontrara en el cuarto. Tal vez la había dejado en algún otro sitio.

—¿No sería eso algo descuidado? —preguntó Navio—. Es el tipo perfecto del profesor distraído, pero de todos modos...

Las cuatro amiguitas bajaron rápidamente la escalera. En el refectorio, hallaron a una de las chicas de la cocina poniendo las mesas. Puck se dirigió a ella:

—Maren, ¿puede decirme si esta tarde ha visto a alguien forastero por aquí?

—¡Sí! —contestó la criada con un fuerte acento campesino—. He visto a dos chicos de ciudad, muy bromistas, que querían que les diera de comer. Pero les he dicho que no...

—¿Eran dos hombres con camisas a cuadros? —preguntó Puck.

Maren reflexionó un momento y después afirmó:

—Exacto. ¡Tal como usted dice!

* * *

En el vestíbulo, Puck dijo a sus amigas:

—¡Ya sabemos quién ha podido andar cerca de la cartera! Maren afirma que dos muchachos de Copenhague han entrado y yo, al regresar de mi paseo, he visto a dos ciclistas con camisas a cuadros dirigirse a Oesterby. ¿No serían los mismos?

—Desde luego —dijo Karen—. Pero ¿cómo encontrarlos ahora? A estas horas ya deben de estar muy lejos de aquí.

—La policía les encontrará —sugirió Inger.

—Claro —dijo Navio—. Pero ¿no sería formidablemente palpitante que les encontráramos nosotras?

—¡Tú y tus «formidablemente palpitante»! —exclamo Karen despreciativa—. Yo opino que por muy formidable, sensacional que sea, no podemos llevar a cabo nosotras una investigación semejante.

—Tal vez podríamos localizar a los ladrones y luego prevenir a la policía —sugirió Puck.

—Tal vez... Pero sólo tal vez. En primer lugar, ¿cómo encontrarles? De chicos en bicicleta y con camisa a cuadros debe de haber miles en los caminos. ¡Además no sabemos si ellos robaron la cartera! Maren les habló y luego les cerró la puerta en las narices...

—¿Lo crees? —dijo Puck—. No nos lo ha dicho... Será mejor que vayamos a pedirle detalles.

Puck regresó al refectorio y se dispuso a interrogar a Maren, quien no se hallaba demasiado dispuesta a charlar ya que tenía mucho trabajo.

—Escuche, Maren —dijo Puck insistiendo—. Es importante que me cuente con precisión qué ocurrió con los dos bromistas de camisas a cuadros.

Maren acabó por contar que habían llamado a la puerta cuando ella estaba en la cocina. Había abierto y uno de los muchachos le había preguntado si había trabajo para dos forasteros de paso. Maren había respondido que no. El otro, entonces, había pedido un poco de comida. Maren también se había negado, porque su aspecto no era de mendigos; ambos fumaban y olían a cerveza.

—¿De veras les ha negado un poco de pan, Maren?

—Bueno —acabó por confesar la criada—. ¡Al fin acabé por darles un par de rebanadas de pan con manteca! Después de todo no podía dejarles morir de hambre.

—¡Bien hecho! —aprobó Puck—. Ya sabía yo que al final sus buenos sentimientos habrían prevalecido. Y dígame, Maren, para ir a buscarles el pan con manteca ¿ha ido usted a la cocina?

—¡Claro!

—¿Y los dos hombres se han quedado fuera?

—Desde luego. Les he cerrado la puerta... Aunque a veces no cierra bien, esa puerta...

—Trate de recordar —dijo Puck—. ¿Había tal vez una cartera en el vestíbulo?

—Sí, la había. Una cartera distinta de la que tienen ustedes, los alumnos. Estaba en la mesita que hay delante del espejo. ¡Y allí debe de estar aún! Y ahora basta de charla, que tengo prisa...

Y diciendo esto, dio media vuelta y se encaminó a la cocina, mientras Puck y sus amiguitas se dirigieron al vestíbulo principal. Al llegar allí Puck se precipitó hacia la mesita citada por Maren y ¡qué sorpresa!, allí estaba todavía la cartera.

Era una cartera muy elegante, de cuero, con las iniciales de E. H., marcadas a fuego. Puck la tomó e Inger dijo:

—No comprendo cómo no la visto el doctor Holst si estaba aquí.

—¿Me permites que la mire? —preguntó Karen, tendiendo la mano.

Puck se la tendió. En aquel momento, se abrió la puerta del despacho y apareció el director acompañado por el doctor Holst.

—Aquí está su cartera —dijo Puck.

Holst abrió los ojos sorprendido.

—Sí, es la mía. ¿Dónde estaba?

—Sobre esta mesita —dijo Puck señalando el lugar con la mano.

Erling Holst la tomó.

—No comprendo. Estaba seguro de haberla dejado en mi cuarto. A menos que...

—¿Ve? No se puede estar seguro de nada —dijo el señor Frank gravemente—. ¡No hay ladrones en Egeborg, como puede comprobar!

El doctor Holst tendió la mano al director:

—Le pido disculpas —dijo en una mezcla de amabilidad y contrición—. No debí mostrarme tan taxativo.



El director estrechó la mano tendida.

—Todo arreglado —dijo contento—. ¡Y ahora, hijas mías —añadió dirigiéndose a las cuatro chiquillas—, id al jardín! Estoy muy contento de que haya aparecido esta cartera...

En aquel momento, un coche de la policía se detenía ante la puerta principal y dos inspectores bajaron de él. El director dijo entonces:

—Será mejor que te quedes, Puck. Ya que tú has encontrado la cartera, podrás explicárselo... Las demás, id al jardín...

Los dos policías entraron, saludaron y el señor Holst les dijo:

—Me temo que han hecho ustedes un viaje en vano. Estábamos seguros de que se había producido un robo, el de esta cartera, pero acaba de ser encontrada aquí, en el vestíbulo, a la vista de todo el mundo. Esta chiquilla la ha descubierto.

Uno de los inspectores contestó, un tanto serio:

—Debieron ustedes buscar mejor antes de molestar a la policía.

—Crea que lo lamentamos de veras —dijo Erling Holst—. ¿Puedo ofrecerles un cigarro?

—No diré que no —contestó el inspector, más amable—. Gracias... Y, bien, nos iremos, puesto que no nos necesitan.

Se puso el sombrero y dio media vuelta.

Su colega dijo entonces:

—Quizá sería conveniente echar una ojeada a la cartera.

—No me parece necesario —dijo el primer inspector—. La han encontrado, todo está pues en orden. ¡Hasta la vista, señores!

Poco después el coche policial desaparecía en la carretera. El director cerró la puerta y se dirigió al doctor Holst, a quien dijo:

—El inspector se ha molestado, creo. Pero lo importante es que haya recuperado usted la cartera. ¿Qué quieres, Puck?

Puck se había acercado a la mesita, y dijo:

—Doctor Holst, de todos modos, ¿quisiera usted comprobar el contenido de la cartera? Acabo de pensar ahora que pesa muy poco...

Erling Holst tomó la cartera y la abrió.

¡Estaba vacía!

El doctor Holst permanecía inmóvil y mudo ante la cartera vacía que sostenía entre sus manos. Su mirada iba del director a Puck y de Puck al director. Finalmente declaró:

—¡Después de todo, sí se trata de un robo!

El director se precipitó hacia la puerta que abrió, pero el coche de la policía ya estaba muy lejos.

—No nos queda otro remedio que volver a telefonarles —dijo, cerrando de nuevo—. No será fácil hacerles comprender que deben volver...

—¡Había

200 000

coronas en acciones en esta cartera! —dijo Erling Holst.

—¡No puedo comprender —dijo el director— cómo se puede ir por el mundo con semejante cantidad de dinero! Para ser franco, esto me parece un poco de inconsciencia. Esas acciones debían hallarse en un banco.

—Tiene usted razón, señor Frank —admitió Holst—. Ha sido inconsciencia de mi parte. Pero la cosa está hecha y no tiene remedio.

—Tranquilícese de todos modos —prosiguió el director—. ¡Se recuperarán esas acciones! Puesto que son valores nominales, no tienen ningún valor para el ladrón.

—Es cierto —admitió Holst—, pero cuando el ladrón se dé cuenta de que no tienen ningún valor para él, tal vez las destruya.

Puck salió de la pieza. Para ella la cosa estaba clara. Los dos hombres de las camisas a cuadros habían abierto la cartera y se habían llevado los papeles que hallaron dentro, dejando de nuevo la cartera en su sitio.

Si las 200. 000 coronas desaparecían de pronto, podía darse por seguro que el doctor Holst retiraría la subvención al pensionado.

En el jardín, Puck vio venir hacia ella a Alboroto, muy excitado.

—¿Sabes? Tengo ya muchos artículos para nuestro periódico —dijo—. Algunos muy buenos. El primer número será sensacional. Pero tú no has entregado aún una sola línea. ¿Por qué?

—Es porque no tengo aún ninguna noticia.

—Pero te corresponde hacer los reportajes...

—Alboroto —dijo Puck—, estoy tras la pista de una noticia sensacional. Sin embargo, por el momento es un secreto y no puedo decirte nada. ¡Pero te aseguro que será una noticia como jamás se ha sabido otra en Egeborg! Alégrate pues... y deséame suerte.

Y echó a correr hacia sus compañeras a quienes, en pocas palabras, puso al corriente de la situación. Y añadió:

—Debemos hallar, cueste lo que cueste, a los dos ciclistas, que en realidad deben de ser dos vagabundos capaces de todo.

—Lo que es más bien inquietante —dijo Inger—. ¿No crees que sería mejor que dejáramos que la policía se ocupara de esto?

Contamos lo que sabemos a los dos inspectores y...

—¡Pero si en realidad no sabemos nada! Sólo lo que nos ha contado Maren...

—Yo opino —dijo Navio— que debemos empezar a perseguir a los dos hombres cuanto antes.

Tomaron sus bicicletas y empezaron a pedalear animosamente hacia el pueblo, que cruzaron sin conseguir ver la menor huella de los hombres de las camisas a cuadros.

Recorrieron varias veces la carretera en ambos sentidos y al cabo torcieron hacia Oestergaard, a orillas del lago. Cuando iban a adentrarse en el bosque, vieron una tienda de campaña levantada en un claro, y escucharon las voces de dos hombres.

Uno de ellos decía:

«¿Queda agua aún?».

El otro contestó:

«No. Iré a buscar más».

Las muchachas vieron al joven en el momento en que salía de la tienda. Era alto, de hombros anchos y llevaba una camisa a cuadros abrochada hasta el cuello.

—Son ellos —murmuró Navio, excitada.

—Calma —aconsejó Puck—. Sigamos pedaleando tranquilamente. Nos detendremos más adelante para celebrar consejo de guerra.

Llegadas a un desvío, bajaron de las bicicletas y se sentaron en un tronco, para elaborar, en voz baja, un plan.

Finalmente quedó convenido que una de ellas trataría de acercarse a la tienda para examinar a sus ocupantes con más atención. Lo echaron a suertes y la elección recayó en Karen, la cual, después de mirar conspiradoramente a sus compañeras, se alejó en el bosque. Inger la siguió con inquieta mirada.

—¡Mientras no corra peligro! —exclamó—. Yo me siento siempre un poco responsable de Karen.

—Bah —repuso Navio—. Es ya bastante mayorcita para arreglárselas sola.

Cuando finalmente Karen reapareció, todas suspiraron tranquilizadas.

—Hola —dijo ésta alegremente. Estaba radiante—. ¿Os he hecho

esperar mucho?

—Sí. Estábamos inquietas por ti —confesó Inger.

Karen parecía estar en plena forma, La chiquilla frágil y malhumorada que había sido a su llegada al pensionado se había cambiado en una muchacha segura de sí, valiente y alegre, bajo la excelente camaradería que reinaba en el pensionado.

—Cuéntanos qué has descubierto —pidió Puck.

—Estoy absolutamente segura de que son los dos hombres de que Maren nos ha hablado.

—¿Por qué?

—Escuchad. Me he acercado a la tienda y me he agachado para no ser vista. Los dos hombres parloteaban sin cesar. Uno de ellos decía que era conveniente irse de aquí cuanto antes, pero el otro le contestaba que no había razón alguna para ello. «Si nos fuéramos ahora, le decía, es cuando despertaríamos sospechas».

—Eso quiere decir que no tienen la conciencia tranquila —dijo Puck.

—Esperad —prosiguió Karen—. Uno de ellos ha dicho: «Lo que debemos hacer ahora es comer algo». Y el otro ha contestado: «Por suerte tenemos el pan con manteca que nos ha dado aquella buena mujer».

—¡El pan con manteca de Maren! —gritó Navio.

—Exacto... —dijo Karen.

* * *

Cuando las muchachitas regresaron al pensionado, tuvieron un mal recibimiento.

La señorita Holm, su «capitana de corredor», estaba disgustadísima. Las reunió en su cuarto y estuvo sermoneándolas durante unos buenos diez minutos.

—No sólo os permitís saltaros la clase de estudio sino que nos sumergís a todos en la más negra inquietud. ¡Hemos estado a punto de telefonear a la policía y si no lo hemos hecho ha sido por haber sabido que os habíais ido las cuatro juntas! ¿Dónde habéis estado?

—Hemos ido a dar un paseo en bicicleta por el bosque del Norte

—respondió Inger.

—¿Y para esto habéis tardado tanto?

—No nos hemos dado cuenta de la hora...

—¡Basta! —exclamó la señorita Holm, poniendo fin a su interrogatorio—. Me veo obligada a prohibiros salir durante dos días. Y ahora id a cenar. Después vais a vuestro cuarto y permaneceréis allí encerradas. ¿Comprendido?

—Sí, señorita.

Las cuatro muchachitas se sentían bastante apenadas cuando entraron en el refectorio donde todos sus compañeros comentaban su fuga. ¡Qué molesto sentirse el centro de las miradas!



Después de la cena, subieron a su cuarto, mientras oían a sus compañeros reír y gritar en el jardín. Navio se tendió en su cama y se dispuso a contemplar el techo. Karen trató de leer. Inger empezó

a coser, y Puck, acodada a la ventana, admiraba el gran Jardín,

—¡Bien, estamos apañadas! —suspiró Inger.

—Ya era de prever —dijo Navio—. Y en el fondo el castigo no es tan grande...

—¡No; si acabará por hallarlo «formidablemente palpitante», supongo! —dijo Karen de mal humor.

Poseyendo un temperamento fogoso, no podía soportar estar encerrada.

—Todo es culpa mía —confesó Puck.

—Eso es cierto —dijo Karen, lejos de haber recobrado la calma—. ¡Ha sido una de tus geniales ideas!

—¡Karen! —reprochó Inger, deseosa de detener la tormenta que se avecinaba—. Puck lo ha hecho con buena intención y tú misma has aprobado sus planes.

Sin mucho entusiasmo, estuvieron trabajando un tiempo, después del cual se desnudaron y acostaron. Cuando la señorita Holm hizo su recorrido de inspección, las cuatro chiquillas parecían dormir. Estuvo contemplándolas un rato, preguntándose qué habría ocurrido en el «Trébol de Cuatro Hojas», que habitualmente era la más ejemplar de las habitaciones. ¡Qué complicadas son las chiquillas!, pensó la profesora. ¡Nunca se acaba de entendérselas del todo!

Cerró de nuevo la puerta y se encaminó hacia su cuarto, tranquilizada por el sueño lleno de inocencia de sus alumnas.

Pero Puck no estaba dormida. Con los ojos cerrados en la oscuridad, escuchaba la rítmica respiración de sus amigas. Fuera, la noche era oscura. Las puertas del pensionado se estaban cerrando. Todo se preparaba al sueño.

Después de haber esperado durante un largo rato, Puck se levantó y vistió sin hacer ruido. Se puso pantalones tejanos y un suéter. Después se acercó a la puerta, que abrió sin hacer ruido, y empezó a bajar la escalera, asida el pasamanos para no caer en la oscuridad.

Del despacho del director surgían voces. Y de pronto se abrió la puerta Puck se agachó para no ser vista. Pudo ver a la señora Frank cruzar el vestíbulo, y dirigirse al refectorio, del que volvió a salir poco después con un vaso en la mano. Cuando de nuevo se cerró la

puerta del despacho, Puck bajó rápidamente los últimos peldaños, cruzó la entrada y pocos segundos después estaba en el jardín.

Respiró profundamente. Hasta allí todo había ido bien. Pero ¿conseguirá llevar a término sus propósitos sin ser descubierta?

Tomó su bicicleta y emprendió el camino.

Pronto llegó al límite del bosque del Norte. Allí dejó la bicicleta y estuvo un momento contemplando el lago que brillaba a la luz de la luna. Después se encaminó por entre los árboles hacia la tienda de campaña.

Al llegar allí se ocultó detrás de un grueso árbol y esperó largo rato sin moverse. Los dos jóvenes estaban en la tienda. No los veía, pero podía oír sus voces.

—¿Qué haremos de estos papeles? —decía uno.

—Tíralos al lago —propuso el otro.

—Sí, lo haremos mañana.

—¿Y si la policía viniera esta noche?

—¿Por qué habría de hacerlo? ¡Eres más nervioso...!

—Bien, bien, como quieras...

—Mañana ataremos bien estas acciones, les pondremos una piedra y las tiraremos al agua. Así no tendremos nada que temer. ¿No crees que ahora deberíamos dormir?

—Sí, tienes razón. Estoy muerto de cansancio.

Puck no se había perdido ni un ápice de aquella conversación. ¡El misterio estaba aclarado! ¡Si consiguiera recuperar las acciones!... Perpleja, permaneció aún un rato tras el árbol. Pronto sonoros ronquidos surgieron de la tienda. Los dos hombres se habían dormido... Entonces, con infinitas precauciones, Puck empezó a arrastrarse hacia la tienda...

V



Era una empresa peligrosa pero Puck estaba decidida a llevarla a cabo. Esperaba poder recuperar los papeles sin despertar a los hombres. En el más absoluto silencio, a gatas, arrastrándose casi, Puck avanzaba hacia la tienda. El menor paso en falso despertaría a los durmientes y echaría sus planes a rodar, aparte del peligro que aquello representaría.

Por fin llegó a la tienda. Prestó oído. Los dos hombres seguían roncando.

Con suavidad alargó un brazo y empezó a tantear el interior de la tienda. Su mano topó sucesivamente con varios objetos, vestidos,

zapatos, las correas de una mochila. Pero nada de papeles.

Cambió de lugar. Prudentemente tendió de nuevo el brazo y empezó a rebuscar. ¡Lo más importante era no tocar a ninguno de los dos hombres!

Repetidamente cambió de lugar y por fin sintió bajo sus dedos el contacto de unos papeles. Una alegría inmensa se apoderó de ella, y al mismo tiempo un gran miedo. ¡Se trataba ahora de hacerlos deslizarse a través de las paredes de la tienda sin despertar a sus ocupantes!

¿Sería mejor tomar los papeles uno a uno o todos a la vez? Por fin tomó una decisión. Apretó con firmeza el montón de papeles y tiró de ellos. Pero notó una gran resistencia, y comprendió que uno de los hombres tenía un brazo puesto sobre ellos.

Era preciso reflexionar con gran cuidado. Retiró la mano y aguardó.

Y entonces tuvo una idea. Tomó una hierba seca, tendió la mano y empezó a hacer cosquillas en la mano del durmiente. Éste gruñó y se volvió bajo su manta. Puck entonces, con extraordinario júbilo, se dio cuenta de que el montón de papeles estaba libre.

Y tanta fue su alegría que se olvidó de su prudencia. Cogió los papeles, se levantó y quiso echar a correr. Pero ¡tropezó con uno de los tirantes de la tienda y cayó al suelo cuan larga era!

Su caída hizo estremecer la tienda. Dando un grito, los dos hombres se despertaron y se levantaron rápidamente.

Puck se levantó también y echó a correr con todas sus fuerzas, hacia su bicicleta. Los dos hombres salieron precipitadamente de la tienda, un tanto adormilados aún, en pijama, descalzos, y Puck comprendió que les llevaba ventaja.

Pero no por eso estaba fuera de peligro. Habiéndola visto, ambos hombres empezaron a perseguirla. Puck se puso a pedalear vertiginosamente, en dirección al lago. Pero los dos hombres, en bicicleta también, la seguían de cerca.

Molesta por el montón de papeles que apretaba fuertemente debajo de un brazo, tenía grandes dificultades en conducir bien su bicicleta. Repetidamente fue a pasar por encima de una piedra, y su equilibrio peligró grandemente. El cansancio empezaba a vencerla.

Vio entonces una granja a su izquierda y se dirigió hacia allí,

con la esperanza de pedir socorro. En aquel momento, su bicicleta tropezó con algo y Puck cayó al suelo. Sorprendidos, sus perseguidores, que casi le habían dado alcance, no consiguieron frenar a tiempo. Puck se levantó y corrió como una exhalación hacia la granja. Los dos hombres abandonaron sus bicicletas y la siguieron. Sin abandonar sus preciosos papeles, Puck se ocultó tras un árbol. Un instante después, los dos hombres, desconcertados, se detuvieron.

—¿Dónde diablos ha ido ese chico? —dijo uno.

—¿Estás seguro de que no ha dado la vuelta? —preguntó el otro.

A pesar de lo trágico de la situación, Puck no pudo reprimir una sonrisa. ¡De modo que sus perseguidores suponían que ella era un muchacho!

—Vamos por allí...

Puck esperó a que los dos hombres se hubieran alejado y después se deslizó prudentemente a lo largo de un muro hasta una ventana entreabierta.

¡Estaba a salvo!

Colocó el montón de papeles en el alféizar, buscó algunos puntos de apoyo en las asperezas del muro, y saltó al interior. Justo en aquel instante, los dos hombres volvían sobre sus pasos. Inmóvil, reteniendo la respiración, Puck esperó a que se alejaran de nuevo. Cuando oyó sus voces perderse en la lejanía, comprendió que habían vuelto a montar en sus bicicletas.

Todavía permaneció un rato inmóvil. Súbitamente su corazón pareció detenerse. ¡Sonó un «clic» y se abrió una luz! Una voz dijo: «¡Vaya, eres tú!».

* * *

Cuando Puck se hubo acostumbrado a la luz, vio al anciano profesor Birck, sentado en el centro de una ancha y antigua cama. Se comprendía que había sido despertado bruscamente. Su pelo estaba enredado y su aspecto, en su sorpresa, era tan cómico que Puck no pudo sofocar una sonrisa.

—¡Vaya, vaya! ¡Conque eres tú! —dijo el señor Birck—. Pero

¿cómo diablos has entrado? —añadió como si acabara de darse cuenta por fin de lo anormal de la situación.

Puck se acercó:

—Me persiguen —dijo rápidamente, en un susurro—. Dos hombres. Por eso he entrado por la ventana.

—Pero eso es espantoso —exclamó el anciano—. Hay que prevenir a la policía... Espera. Voy a ponerme el batín.

Poco después, se dirigía hacia el teléfono, seguido por Puck.

—¡He pasado tanto miedo!

El señor Birck se volvió hacia ella y le sonrió.

—Claro que sí, lo sé. Si mi psicología es buena, te diré que ahora es cuando tú te das cuenta del miedo que has estado pasando. ¿Verdad?

—Sí —dijo Puck—. Así es exactamente.

Se hallaban entonces en la sala de la granja, desde donde el señor Birck llamó a la policía. Puck se sentó en una silla y empezó a llorar. Toda la angustia y la tensión de las últimas horas daban lugar ahora a un torrente de lágrimas. El anciano caballero la miró compadecido y después de haber colgado el teléfono se acercó a ella.

—Llora, llora, hijita —le dijo—. No sabes el bien que hace a veces llorar...

Se escuchó entonces un ruido afuera.

—Son los granjeros que vuelven —dijo el señor Birck.

El señor Holm, el granjero, entró acompañado por su mujer. Puck secó sus lágrimas y dijo amablemente «buenas noches».

En aquel momento la señorita Benedickte Holm entró en la pieza. Miró a Puck, estupefacta.

—Puck —dijo—. ¿Qué haces aquí?

Puck empezó a contar toda la historia y todos escucharon en silencio. Al cabo, el señor Birck exclamó:

—¿Y dónde están esas acciones?

—En el alféizar de la ventana —dijo Puck, levantándose de su silla—. ¡Dios mío! Casi las había olvidado... Y valen

200 000

coronas...

Salió de la sala y se precipitó en la habitación del señor Birck.

Unos segundos después estaba de regreso y colocaba el montón de papeles ante el anciano profesor.

—Creo que he perdido algunas por el camino. Pero seguramente podremos recuperarlas, ya que no había viento esta noche. Debemos recuperarlas rápidamente, porque el señor Holst ha de venderlas cuanto antes y...

—¿Cómo? —exclamó el profesor—. ¿Quiere venderlas?

La señorita Benedickte confirmó lo que Puck acababa de decir:

—Sí. He oído al doctor Holst hablar por teléfono con su administrador...

—Ah, sí —murmuró pensativo el señor Birck—. El señor Henriksen... Tengo la impresión de que ese administrador está tratando de estafar a nuestro amigo. Estas acciones son de la «Compañía Noruega de Aceros» y cualquiera que tenga la menor información de la Bolsa sabe que tal compañía está en auge. Los felices mortales que poseen acciones de esa compañía verán duplicada su fortuna sin siquiera levantar un dedo. Ese... «hombre de negocios» no puede por menos que saber eso. Seguramente lo sabe muy requetebién y lo que intenta hacer es comprar él mismo esas acciones que aconseja a Erling vender. ¡El muy...!

Se levantó:

—Cuando venga la policía, iremos juntos a Egeborg, para solicitar perdón por esta amiguita nuestra que corre el riesgo de ser castigada por haberse fugado en plena noche. Además creo que es muy necesario que sostenga una entrevista con ese pobre erudito llamado Erling Holst a fin de examinar sus asuntos financieros. Es muy probable que Henriksen esté tratando de aprovecharse de la inexperiencia económica de nuestro joven hombre de letras. ¡Y ahora, veamos! ¿Quién nos prepara una taza de té?

La señora Holm se levantó dócilmente y se encaminó a la cocina, seguida por Benedickte y Puck, que se proponían ayudarla.

Un poco más tarde, un coche se detenía ante la granja y dos inspectores entraron en la casa. Rápidamente fueron puestos al corriente de la situación y sin pérdida de tiempo se encaminaron al bosque en busca de los dos ladrones.

Después de su marcha, el señor y la señora Holm, así como Birck, se vistieron. Eran las 11, 30 de la noche, pero el señor Birck

se había propuesto ir en el acto a Egeborg. La señorita Holm había cogido entre las suyas la mano de Puck, para reconfortarla, ya que la chiquilla estaba asustada por los reproches que se le harían por su escapatoria.

—Ya verás —le dijo la señorita Holm—, todo se arreglará. Ya conoces lo suficiente al señor Frank para saber que es muy comprensivo.

—Sí, lo sé —dijo Puck—. Pero comprendo que he obrado mal.

En aquel momento llegaron al pensionado.

El sol se levantaba por encima de un paisaje lleno de niebla. Los pájaros cantaban, saludando el nuevo día. El césped brillaba por el rocío y los árboles del bosque se reflejaban en las cristalinas aguas del lago.

La señorita Holm llamó a la puerta del «Trébol de Cuatro Hojas» y miró al interior.

—Vamos, hijitas, en pie.

¡No había despertador más eficaz que la voz de la señorita Holm! Las cuatro muchachitas abrieron los ojos, se estiraron... Puck, en especial, no conseguía despertarse del todo.



—Vamos, levántate —le dijo Karen—. Sal de debajo del edredón...

—Hace un tiempo magnífico —dijo Inger, acercándose a la ventana.

—Ya voy, ya voy... —murmuró Puck, apolotonándose perezosamente entre las sábanas.

Trató de sentarse en la cama, frotándose los ojos.

—¡Tengo un sueño tremendo! —suspiró.

—Pues no lo comprendo —dijo Inge—. Nunca nos acostamos tan pronto como ayer.

—La ducha te espabilará —dijo Navio.

—¡Oh! Me hubiera gustado dormir un poco más —suspiró Puck.

—Pero ¿qué es lo que te ha fatigado tanto? —preguntó Inger.

—Me parece que ya puedo confesarlo —dijo Puck riendo—. A causa de la persecución de los ladrones, llegué muy tarde aquí ayer noche...

—¿La caza de los ladrones? Oye, lo habrás soñado, ¿no?

—¡Es la pura verdad! Cuando vosotras os quedasteis dormidas, yo salí y...

—¿Saliste? —Miró a Puck asombrada—. ¿Estás segura de no estar enferma?

—Estoy bien, tranquilízate —dijo Puck, sonriendo—. Te advierto que ahora no sé ni cómo me atreví a hacerlo. Pero ayer noche todo me parecía fácil.

—¿Tendrás la bondad de explicarme de qué se trata?

Puck le hizo un breve relato de los sucesos de la pasada noche. Cuando contó cómo se había arrastrado hasta la tienda para registrarla y recuperar los papeles, Inger se quedó casi sin respiración, en tanto Karen y Navio bebían sus palabras apasionadamente.

—¿Y luego regresasteis todos juntos al pensionado? —dijo Karen.

Puck sonrió:

—Yo tenía un miedo atroz de lo que me dirían, pero debo admitir que la señorita Benedickte ha sido extraordinariamente amable. Me ha tenido la mano durante todo el trayecto, asegurándome que todo iría bien. Y así ha sido.

—Cuenta, cuenta...

—Pues bien, cuando hemos entrado en el despacho del director, el señor Frank me ha mirado con aire perplejo preguntándome de dónde venía yo a aquellas horas. Pero el señor Birck, que es una de las personas más encantadoras que yo jamás he conocido, se ha encargado de explicárselo. Y muy bien, por cierto.

—¿Qué pasó luego?

—El doctor Holst también estaba allí y el señor Birck al término de sus explicaciones se volvió hacia él y le dijo:

«Ahora, Erling, debo decirte algo. Toma tus acciones recuperadas, pero considera una suerte el que intentaran robártelas, ya que este hecho nos ha permitido darnos cuenta de lo que se quería hacer contigo».

»El doctor Holst miraba al viejo profesor estupefacto.

»—¿Qué quiere usted decir, tío Joergen?, le preguntó al cabo.

»—Henriksen te ha dicho que era preciso vender esas acciones

rápidamente.

»—Sí, exacto —dijo el doctor.

»Pues bien, prosiguió el señor Birck, no hay que venderlas de ninguna de las maneras. Si lo haces, perderás muchísimo dinero. La Compañía Noruega de Aceros está adquiriendo tal expansión que en menos de un año esas accionen han doblado su valor, incluso triplicado, y tu “hombre de negocios” debe saberlo perfectamente. Tú lo ignoras porque sólo te interesas por la poesía. Pero si puedes creer la opinión de un viejo como yo, que ha visto muchas cosas en su vida y fue el mejor amigo de tu padre, admitirás que el consejo del tal Henriksen era una monstruosidad y sus intenciones, sin duda, enriquecerse a tu costa. Mañana tendremos una charlita con ese administrador tuyo».

—¡Qué historia más formidable! —exclamó Navio—. Y el director ¿qué dijo?

—No gran cosa. Se limitaba a escuchar. Y luego me dijo que ya era hora de que fuera a acostarme.

Las cuatro amiguitas acudieron a la primera clase del día con la sensación de compartir un secreto maravilloso que, cuando se divulgara, causaría sensación.

—Dejemos que las cosas sigan su curso —propuso Inger—. No digamos nada de tu expedición nocturna.

—¡Ni una palabra! —aprobó Puck.

Cuando estaban en la clase de inglés oyeron el ruido de un motor y Puck pudo ver a través de la ventana el coche negro del doctor Holst, del cual bajó el señor Henriksen.

—¿Qué acabo de decir, Bente? —preguntó el profesor Strandvold, de pie en su tarima.

—Eeeh... Perdone, no he oído bien —balbuceó Puck.

—He dicho: «*Now something is going to happen*». Tradúcelo.

—Significa: «Y ahora va a ocurrir algo» —dijo Puck, pensando en que, en efecto, algo iba a pasar pronto.

* * *

El comité de redacción estaba reunido. «La Hoja de Encina» estaba a

punto de ver la luz.

Sentado ante una mesa llena de papeles. Alboroto estaba particularmente satisfecho.

—¡Artículos sensacionales! —exclamó—. Artículos de primera calidad para el primer número de nuestro periódico. Si eso continúa, «La Hoja de Encina» será el mayor éxito de todos los tiempos, creedme.

—¿Qué es lo que tienes? —preguntó Inger.

—Un buen articulito de Navio sobre el equipo femenino de baloncesto y otro sobre fútbol de mi querido amigo Cavador. También dispongo de un escrito sobre la biblioteca del colegio y la señorita Benedickte me ha entregado una entrevista con el doctor Holst. ¡Hecha en un tono lleno de admiración, debo decirlo!

—¿A qué será debido? —exclamó Puck inocentemente.

—A propósito —recordó entonces Alboroto—, tú no me has entregado nada aún. ¿No has hallado esa sensacional noticia que andabas buscando?

Puck enrojeció un poco, pero respondió:

—Recibirás mi reportaje, no te preocupes... Pero no puedo dártelo aún, ya que lo está leyendo el director.

—¡Vaya! ¿Por qué? ¿Acaso es tan terrible que debe ser censurado? —inquirió Alboroto, ligeramente irritado.

—No tardará en devolvérmelo, ya verás.

Puck se levantó y se acercó a la ventana. Reflexionaba acerca de todas las dificultades sucedidas y de cómo estaban terminando. Sabía que en el despacho del director había tenido lugar una reunión. El señor Henriksen había llegado y se había encontrado esperándole al anciano señor Birck, asistido por el señor Frank y el doctor Holst. Lo que pasó allí dentro, sólo ellos lo sabían. La puerta principal se abrió y Puck pudo ver salir al señor Henriksen, con una cartera en la mano.

Entró en el coche y se instaló en el asiento posterior haciendo un gesto con la mano al chófer, como ordenándole con impaciencia que partiera.

—Parece tener mucha prisa —murmuró Puck—. Y tengo la impresión de que nunca volveremos a verle.

El coche se alejó. La puerta principal se abrió de nuevo y por

ella aparecieron Benedickte Holm y Erling Holst. Parecían muy felices. Él la tomó a ella del brazo y ambos se sonrieron, alejándose hacia el lago.

—Tengo la impresión de que las cosas van viento en popa —dijo Puck.

—¿Qué es lo que va viento en popa? —preguntó Alboroto—. ¿Acaso crees que hallarás tu reportaje mirando al jardín?

—Amigo mío, si hubieras visto lo que acabo de ver comprenderías muchas cosas.

Alboroto se precipitó hacia la ventana. Y los demás le imitaron.

—Todo está a punto de arreglarse —pudo susurrar Puck al oído del muchacho.

—¡Bravo, bravo! —gritó Alboroto.

En aquel momento se abrió la puerta y entró el señor Frank.

—Perdonadme por interrumpir al comité de redacción —dijo, en un tono por el cual Puck comprendió que estaba de excelente humor—. He venido solo a devolver a Puck su artículo. ¡Pero no puedo permitirle que lo publique!

Puck le miró consternada, pero el director prosiguió:

—De todos modos os diré de qué se trataba el artículo de Puck. Hablaba de unos papeles robados de la cartera del doctor Holst y de cómo la policía había conseguido detener a los ladrones.

—¿Y no era ésta una buena historia? —exclamó Alboroto.

—Sí, pero Bente lo había relatado con tanta modestia que silenciaba lo mejor. Así que yo he decidido venir a pedir os permiso para colaborar en el primer número con mi versión de los hechos, que es la siguiente:

«Una valerosa estudiante desenmascara a unos ladrones y recupera una fortuna colosal».

Gracias al valor y al espíritu de decisión de Bente (Puck) Winther, un robo audaz ha sido descubierto. Los ladrones están en la cárcel y una fortuna de cerca de 200 000

coronas se ha salvado en el último momento. Un paquete de acciones perteneciente al nuevo presidente del comité

de gerencia del pensionado de Egeborg, el doctor Erling Holst, había sido robado por unos vagabundos. Pero Puck se deslizó astutamente hasta su tienda para impedir que echaran al lago Ege aquellos documentos, tal como habían decidido los ladrones al darse cuenta de que no podían venderlas.



Puck estaba ruborizada hasta la raíz de los cabellos. Miraba al director, quien sonriente tendió el manuscrito a Alboroto, diciendo:
—Todos los detalles están aquí... Es decir, casi todos. A veces un

buen reportero debe saber ser discreto.

—Gracias, señor —dijo Alboroto, inclinándose para tomar el papel.

—Y ahora me gustaría charlar un poco con Bente —dijo el director.

Cuando Puck y el director estuvieron en el despacho de éste, encontraron allí a la señora Frank y al señor Birck. Éste se levantó y estrecho la mano al director.

—No puede usted imaginar lo feliz que me siento —dijo el anciano profesor—, al haber conseguido desenmascarar a ese endiablado hombre de negocios que tenía a Erling bajo su influencia. Ahora todo está de nuevo en orden, ¿no es eso?

—Sí —dijo el señor Frank sonriendo a su mujer—. El doctor ha acabado por reconocer su obligación de proseguir la obra de su padre y por eso ha aceptado la presidencia del Comité de gerencia.

—Excelente idea —aprobó el señor Birck—. Erling necesitaba poner un poco los pies en el suelo. Su erudición lo estaba aislando del mundo. ¡Confío en que no abuse de su nuevo cargo para aburrir a los alumnos con eruditos discursos!

—¡Todo lo contrario! —dijo el director riendo—. Ya ha escogido el tema de su primera charla: «Mis recuerdos como jugador de fútbol». Parece ser que fue uno de los mejores de su equipo universitario. Creo que el nuevo presidente será pronto muy popular entre los alumnos.

Se volvió hacia Puck y dijo:

—En cuanto a ti, jovencita, debería castigarte severamente, pero... ¡renuncio a ello!

Le tendió la mano.

—Gracias por tu ayuda, Puck.

Los ojos de Puck se humedecieron y un nudo de lágrimas le obstruyó la garganta.

Pero no importaba. ¡Todo estaba bien en el mejor de los mundos!

VI



¡Qué modo de llover! Aquello no era una refrescante tormenta de verano, sino un verdadero diluvio que lo inundaba todo bajo un cielo gris.

El extenso césped que se extendía ante el pensionado de Egeborg quedó inundado, y el agua se escurría como a ríos por entre la grava que rodeaba el extenso y sólido edificio y sus dependencias.

La tierra no estaba preparada para absorber tantas cantidades de agua y pronto todo quedó convertido en un inmenso charco.

No, no era aquél el tiempo preferido de los alumnos del pensionado de Egeborg.

En una de las habitaciones del ala destinada a los chicos, Alboroto y Cavador, los dos traviesos incorregibles, se sentían tan deprimidos como sus compañeros. La vida les parecía muy triste.

Alboroto estaba inclinado sobre una mesa llena de papeles y Cavador miraba lánguidamente por la ventana.

Después de un buen rato de silencio, Alboroto, mordisqueando un lápiz, dijo:

—Oye, Cavador...

—Sí...

—¿Cómo se escribe Walt Disney?

—¿Qué?

Cavador miró la lluvia torrencial unos segundos y, cuando se oyó un trueno, se dignó responder:

—¿Walt Disney? ¡Escribe, pobre ignorante!

—Estoy preparado...

—«V» de verso, «A» de Arabia, «L» de león, «T» de tormenta, «D» de diluvio, «I» de inundación, «S» de sábado, «N» de Noé, «E» de espárrago, «Y» de... de... «Y».

—¿Estás seguro de que Walt se escribe con «V»?

—No del todo. Pero ¿qué importa?

—Es que estoy escribiendo un artículo sobre cine para nuestro próximo número.

—Ah, sin duda será brillante. Pero ¿por qué de cine, especialmente?

—Es un tema que interesa a todo el mundo.

—Tal vez, si no fueras tú quien lo escribiera... Deberías pedírselo a Puck. Ya sabes que fue gracias a ella que nuestro periódico adquirió fama.

—Basta de bromas, querido amigo... Deberías ser más respetuoso con tu redactor en jefe.

—¡Redactor en jefe! —exclamó su amigo con una mueca—. Y ¿por eso has de escribir tú un artículo sobre cine? ¡También podría Annelise escribir sobre puericultura y el gordo Svend sobre el arte de adelgazar...!

—¿Por qué no escribes tú uno sobre ti mismo, ya que te crees tan listo?

—No, gracias. No tengo delirios de grandeza yo...

Alboroto no se dignó responderle y se dejó absorber de nuevo por sus papeles. Se rascaba la cabeza, mordisqueaba el lápiz y en todo se notaba que se sentía sin inspiración alguna. El número uno había sido realizado sin grandes dificultades, sobre todo gracias a Puck, que había aportado un artículo sensacional en el último momento.

Pero cada vez resultaba más difícil hallar buenas noticias.

—Di, Cavador, ¿quieres escuchar lo que he escrito?

—Desde luego que no.

—Escucha, por favor: «Watt Disney —con “V” o con “W”— empezó a trabajar como dibujante publicitario, pero se hizo célebre en todo el mundo gracias al ratón Mickey. A continuación creó los tres cerditos, el lobo feroz, el pato Donald, y toda una serie de dibujos animados maravillosos. Sus primeros filmes de largo metraje fueron Blanca Nieves, Pinocho...».

—¡Basta, basta!

—¿Qué?

—Será mejor que le pidas a Puck que te escriba este artículo, amigo mío. Te aseguro que sobre cine entiende mucho más que tú.

Un fuerte trueno hizo retumbar los cristales y el cielo gris se vio cruzado por un sinfín de relámpagos. El afligido rostro de Cavador se animó un tanto.

—Escucha, Alborotó... Tengo una idea.

—¡Oh, cielos, no...!

—Me ha venido como un rayo...

—¿Se trata de un hallazgo genial? ¿Un artículo para el periódico?

Cavador frunció la nariz.

—¡Deja ya de pensar en el periódico! No, lo que estaba pensando es que dos personas tan listas como tú y yo estamos aquí aburriéndonos mortalmente... En el colegio no pasa nada nuevo... Todo el mundo se aburre...

—Bien, ¿y qué?

—Pues que deberíamos tratar de animar eso un poco. No sería difícil.

Alboroto se impacientó:

—Bien, dime de una vez qué has pensado.

—Deberíamos tratar de divertirnos un poco a costa de Puck y sus amigas del «Trébol de Cuatro Hojas».

—¿Cómo?

—Oh, no sé... Hay que dar con ello.

Alboroto se reclinó en su silla y contempló a su amigo con lástima,

—Querido Cavador... Hubo un tiempo en que me sentía feliz de ser tu amigo, pero ya hace mucho de esto. Cada vez que se trata de Puck, tu pobre mente calenturienta tiene las más tristes ideas y al final son ella y sus amigas quienes se ríen de nosotros. ¿No te acuerdas del día en que nos pilló la policía y ella tuvo que rescatarnos?

—Sí, pero...

—Fueron tus geniales ideas las que nos pusieron en aquella situación y no me agradaría que me volviera a suceder algo semejante.

Cavador pareció abatido:

—No se puede vencer siempre.

—¡Hum!

—Sí, ya puedes decir ¡Hum! Hasta Navidad si te parece, que yo te aseguro sorprenderte...

—¿Agradablemente?

—¡Te lo prometo!

Mientras los dos muchachos, conspiraban de tal suerte, la atmósfera que reinaba en el «Trébol de Cuatro Hojas» era del todo diferente. Inger, sentada junto a la ventana, miraba la tormenta, mientras Puck, Navio y Karen se escondían bajo sus edredones. Inger acabó por decirles:

—Vamos, hijitas, no sé por qué tenéis miedo de los truenos que son totalmente inofensivos.

—¡Oh! —exclamó Navio sacando la naricilla.

Un poco después asomó la rojiza cabellera de Karen. Puck fue la última en salir de su escondite. Y las cuatro amigas iniciaron una conversación un poco nerviosa, interrumpida de vez en cuando por los truenos. Cuando éstos eran muy fuertes, las tres chiquillas volvían a taparse con los edredones.

Al principio, Puck no estaba demasiado asustada, pero se le

contagió el miedo de las demás. Gran variedad de ideas cruzaban por su mente. Y en especial pensaba en su padre, que se encontraba en Chile, al otro lado del mundo, dirigiendo una importante obra. Había estado a punto de regresar a Dinamarca a pasar unas vacaciones cuando cayó enfermo. Felizmente, ya estaba convaleciendo.

Puck suspiró.

—¡Ah, qué decepción que su papaíto no estuviera cerca! En tal caso, ¡se reiría muy mucho de aquella tempestad! Se habría sentado a su lado y le habría tomado una mano. Pero por desgracia aquello ya no sería posible hasta el próximo otoño.

Sintiendo las lágrimas resbalar por sus mejillas, salió de debajo del edredón para secarlas. Su mirada se cruzó con la de Inger y declaró con forzado atrevimiento:

—Ya estoy cansada de estar aquí. ¡Saldré a pasear a pesar de los relámpagos y los truenos!

—En mi mesa hay chocolate con almendras —dijo Inger.

—Perfecto —respondió alegremente Puck.

La cabecita de Navio se asomó también.

—¿Quién ha hablado de chocolate?

—También habrá para ti si te arriesgas a salir del edredón.

También Karen había oído aquello, de modo que poco después las cuatro amigas estaban junto a la mesa repartiéndose amistosamente el chocolate.

La tempestad parecía amainar. Los truenos se espaciaban y las muchachitas iban recobrando su valor. Al oeste empezaba a clarear. Tal vez aún tendrían una bella puesta de sol. Inger abrió la ventana y el aire fresco llenó la habitación, despejando las mentes de sus ocupantes...

—¡Qué bello espectáculo es una tormenta, después de todo! —exclamó Navio.

Inger sonrió discretamente:

—¿Te has dado cuenta desde tu escondite?

Prefiriendo no contestar, Navio siguió mordisqueando el chocolate.

—Ha sido horrible —dijo Karen—. ¿Verdad, Puck?

Puck asintió.

Pero ignoraba que en aquel instante otra suerte de tempestad amenazaba con desencadenarse sobre sus cabezas.

Una tempestad cuidadosamente preparada por Alboroto y Cavador.

* * *

El señor Josiassen, profesor de física, se reclinó en su asiento y enganchó los pulgares en las sisas de su chaleco.

—¡Hugo! Después de la interesante tempestad que hemos tenido, con tantas descargas eléctricas, podríamos hablar un poco de Benjamín Franklin. ¿Qué puedes decirnos de él?

Alboroto se levantó y miró consternado hacia sus compañeros. Empezó con titubeos:

—Pues bien... Franklin... nació...

—Inventó el rayo —le sopló Cavador.

El rostro de Alboroto se iluminó y prosiguió más firmemente:

—Franklin era americano y se hizo célebre por haber inventado el rayo.

Risas ahogadas recorrieron la clase y el señor Josiassen dijo irónicamente:

—Tus conocimientos de física han sido siempre profundos, Hugo. ¿Qué más puedes decirnos de ese célebre físico?

Entonces fue Puck quien le sopló:

—Su padre era fabricante de camiones.

Alboroto lo repitió textualmente en voz alta.

—Supongo que quieres decir de jabones.

—En efecto, sí...

—Perfecto, Hugo. Te pongo un cero... Y también Bente tendrá una mala nota por apuntarte.

Anotó las dos calificaciones y prosiguió:

—Karen, dínos tú lo que sepas de Benjamín Franklin.

Karen se levantó y, tratando de luchar con sus ganas de reírse, consiguió al fin pronunciar con voz casi seria:

—Benjamín Franklin nació en Boston en 1706. Su padre era fabricante de jabón. Benjamín fue un genio no sólo en los negocios

sino en toda clase de asuntos. Así fue nombrado embajador en París en 1775, donde la sencillez de su porte se hizo pronto popular...

—Bien —dijo el señor Josiassen—. Prosigue tú, Inger. Hablábamos de sus trabajos científicos.

Inger, siempre seria, respondió con firmeza:

—A partir de 1745 se dedicó a toda suerte de investigaciones científicas y formuló interesantes teorías en materia de electricidad. Mediante un experimento que se hizo célebre, demostró que las nubes tormentosas están cargadas de electricidad y que el relámpago es una enorme chispa eléctrica...

—¿Cuál fue su primer invento?

—El pararrayos.

—Bien.

Después de la clase, Alboroto y Cavador se eclipsaron. Cuando estuvieron ante la puerta principal, Alboroto dijo:

—Cavador..., creo que no voy a poder olvidar la amabilidad de Puck y sus «camiones». ¡Ella se lo habrá buscado!

—¡Bravo! —exclamó Cavador.

Ambos muchachos se encaminaron hacia el lago, a fin de ir perfilando sus planes. También Puck se alejó hacia la orilla izquierda del lago, a través del bosque, hasta las ruinas del viejo castillo.

Sus pensamientos estaban ocupados por la imagen de su padre, convaleciente en un lugar alejado de América del Sur.

Acá y allá se detenía para contemplar una flor más bella que las demás, y sin darse cuenta empezó a cantar:

Qué bello, qué bello es el bosque, No hay en él ningún malhechor...

Bruscamente se detuvo. Cerca del sendero, unos matorrales se agitaron, y de ellos surgieron dos individuos de aspecto poco tranquilizador. Sus trajes eran puros desgarrones, ambos iban sin afeitar y uno de ellos tenía un ojo tapado por un trapo negro.

Puck gritó, dio media vuelta y echó a correr.

—¡Detente! —gritaron los hombres—. Eh, detente...

Puck se puso a correr más rápido todavía, ya que acababa de darse cuenta de que los dos hombres la perseguían.

¡Qué terrible aventura!

Su corazón latía aceleradamente. ¿La seguían aún? Sí, los pasos de sus perseguidores resonaban cada vez más cerca.

Quiso echar una ojeada por encima del hombro, pero tropezó con una raíz, perdió el equilibrio y cayó al suelo.

Por unos segundos todo pareció dar vueltas a su alrededor. Permaneció quieta, aterrorizada.

Y pudo oír una voz jovial que decía:

—No me extraña que la hayamos asustado. Pero somos simples comparsas, hijita.



—¿Comparsas?

—Sí, de una película.

—¿Una película?

—Sí. Nos encaminábamos hacia las ruinas del castillo para

filmar allí unas escenas. Estamos desolados por haberte asustado.

—Eh, Sorensen, Schmidt... —gritó una voz—. ¿Dónde diablos estáis?

Un hombre alto y delgado, que parecía un poco irritado, avanzaba por el sendero. Al ver a Puck se quedó un tanto perplejo y los dos comparsas le pusieron al corriente de la situación.

El rostro del hombre se iluminó y se volvió hacia Puck:

—Comprendo que la vista de ese par de ladrones de caminos te haya asustado... Pero yo no te asusto, ¿verdad?

—N... No.

—Bien —dijo el hombre dando a la chiquilla un golpecito amistoso—. Me llamo Brummer y estoy tratando de hacer una buena película. ¿Cómo te llamas tú?

—Puck... Es decir, mi verdadero nombre es Bente Winther, pero todo el mundo en el colegio me llama Puck.

Brummer rio.

—Puck... Como el geniecillo de Shakespeare... ¿Te gustaría asistir al rodaje de un filme?

—Oh, sí, mucho...

—Pues bien, en tal caso, ven... Es decir si ya no tienes miedo...

—No, claro que no —dijo Puck riendo—. ¿Cómo se llama la película, señor Brummer?

El director del film se encogió ligeramente de hombros:

—Oh, es un melodrama... Una mezcla de *Sin familia*, *Ivanhoe* y el *Sueño de una noche de verano*. Pero todo muy moderno.

—Parece divertido.

—Esperemos que ésa sea también la opinión del público

—¿El guión es bueno?

—No está mal. La acción transcurre en 1970. Una pareja está cansada de la monotonía de la vida cotidiana que, según ellos, está desprovista de todo encanto y romanticismo. Entonces un cúmulo de circunstancias les coloca en una época pasada... Es decir, en sucesivas épocas pasadas, lo cual les hace darse cuenta de los inconvenientes y falta de comodidades en tales épocas, hasta que regresan a la nuestra... donde se instalan en un cómodo apartamento con calefacción central, nevera, cocina eléctrica, máquina de lavar, etc...

Llegaron a un claro en el bosque donde se erguían las ruinas del viejo castillo, y Puck abrió los ojos de puro asombro.

El espectáculo que se ofrecía a la vista era la confusión misma. Varios camiones dispersados y unidos por cables eléctricos, proyectores, un grupo de hombres con atavíos de la Edad Media, y un hombre en pantalón y americana que se esforzaba en ordenar aquel caos. Sin embargo, Puck no tardó en darse cuenta de que el desorden reinante era pura apariencia, ya que todo se desarrollaba según un pían minuciosamente establecido.

El señor Brummer dijo sonriendo:

—Sí, incluso en pleno verano el sol es raro en Dinamarca. Así que hay que aprovechar su presencia al máximo para rodar los exteriores. Todo es más fácil en Hollywood, donde el sol brilla todo el año. Ahora contempla el rodaje y dime qué piensas...

Se calló de pronto como si acabara de recordar algo.

—¿No me has dicho que perteneces al pensionado próximo?

Puck asintió con la cabeza,

—Sí, al pensionado de Egeborg, al sur del lago.

—¿Hay chicos y chicas en el colegio?

—Sí. Somos unos ochenta en total.

—¡Hum! —reflexionó el director—. ¿Crees que podrías representar un pequeño papel en el filme?

—¿Un papel en el filme? —exclamó Puck, que no podía creer en lo que estaba oyendo—. Sería apasionante. Pero no tengo la menor idea de cómo se hace...

—Oh, se aprende fácilmente... Tienes el tipo que necesito... La semana próxima necesitaré una veintena de muchachos. ¡Volveremos a hablar de eso!

Cuando el director se alejó para dirigir el rodaje de unas escenas, Puck tuvo que pellizcarse un brazo para estar segura de que no soñaba.

—¡Un papel en una película! Demasiado bello para ser cierto...

* * *

Puck no regresó al colegio hasta una media hora antes de la cena,

justo con el tiempo preciso para poner a sus amigas del «Trébol de Cuatro Hojas» al corriente. Ellas le escucharon con los ojos brillantes de emoción.

Navio exclamó:

—¡Es verdaderamente apasionante! Y dime, ¿te han hecho unas pruebas? ¿Cómo te ha ido?

—Todavía no lo sé, Navio. Me han colocado a unos treinta metros y me han dicho que caminara hacia la cámara. De vez en cuando me ordenaban detenerme, volverme, mirar el cielo...

—Es decir, cosa fácil...

—Sí, pero me ha parecido que el director quedaba satisfecho. La semana próxima necesitará una veintena de chicos y chicas y me ha pedido que yo los escogiera...

—¡Bravo, bravo! —gritó Navio en el colmo de su entusiasmo—. Nos convertiremos todos en grandes estrellas de la pantalla... Iremos a Hollywood, y poseeremos lujosas casas con enormes piscinas...

—Calma, calma —dijo Inger—. No te pongas nerviosa. Navio. Ni siquiera sabemos si nos querrán para ese filme.

—Puck nos escogerá, estoy segura. Ah, qué feliz me siento...



—No temáis —dijo ésta—. Si el señor Frank nos lo permite, las

cuatro entraremos en el reparto de la película. Y también Annelise, y Else y Joan...

—¿Y los muchachos?

—Alboroto y Cavador en primer lugar... Y

Uva-Seca

, Caoba, Svend, Flemming... Y en cuanto a los que no sean escogidos, podrán asistir al rodaje.

—Ah, Puck, y tú serás una auténtica *vedette*...

Puck sonrió, sentada en su cama:

—Yo, *vedette* de cine... No es para tanto. Total, un pequeño papel. Pero el director ha asegurado que yo tenía el tipo que hacía falta.

—¡Qué suerte tienes! —suspiró Navio—. Tal vez tú sí irás a Hollywood. ¿Me permitirás que te acompañe?

—Claro que sí —dijo Puck riendo abiertamente—. Iremos todas y tendremos una casa para cada una.

—¡Formidablemente palpitante!

En aquel momento sonó el timbre para la cena.

* * *

Aquella misma noche, el director de cine se dirigió en coche al pensionado de Egeborg, para hablar con el señor Frank. La noticia se propagó como pólvora. Cuando Puck fue llamada al despacho, estaba tan nerviosa que sus piernas temblaban.

—Siéntate, Bente —dijo el señor Frank amablemente—. Supongo que ya sabes por qué te llamo.

—Sí, señor...

—El señor Brummer me ha dicho que eres una excelente actriz, Bente, muy natural en tus gestos y expresiones... Y no veo ningún, inconveniente en que participes en el rodaje de la película.

—¡Oh, es tan divertido! —exclamó Puck, roja hasta las orejas.

—¡No se te vayan a subir los humos a la cabeza, jovencita! —aconsejó el señor Brummer.

—No hay cuidado en eso tratándose de Bente —replicó la esposa del director que asistía a la entrevista.

—Cierto —acordó el director—. De no estar seguro de ello, jamás hubiera dado mi consentimiento. ¿Cuántos comparsas precisa, señor Brummer?

—Unos veinte. Mitad chicos, mitad chicas... Le pagaremos a cada uno 20 coronas por su trabajo...

«Cielo Santo —pensó Puck—. Aquél era un sueldo formidable...».

—Verá —dijo el director—. Yo siempre me he opuesto a que los alumnos tengan demasiado dinero en sus bolsillos. Así que propongo que sus sueldos vayan a parar a un fondo común, del que todos puedan participar. Puede elegirse un comité para administrarlo...

—Y ¿quién formaría parte de ese comité?

—En primer lugar, Bente, claro... Y luego Inger... Y Svend, que ya preside el consejo de alumnos... Yo lo supervisaría y veríamos el destino más conveniente para ese dinero. ¿Qué opinas, Bente?

—Sensacional —respondió Bente con espontaneidad.

—Bien, pues ya puedes poner a tus compañeros al corriente de lo acordado. El señor Brummer te deja elegir a los veinte alumnos que figurarán en el filme.

—De acuerdo, señor.

—Entonces, Bente, ya puedes irte. Mañana por la tarde os vais a las ruinas del castillo. El señor Brummer os dará las instrucciones precisas.

Puck hizo una reverencia.

—Gracias por todo, señor director... Señor Brummer...

—Buenas noches, Bente.

—Y buena suerte —exclamó la esposa del director.

—¡Gracias, señora!

* * *

Cuando Puck se reunió con sus compañeros, la inundaron de preguntas.

—¿Cómo ha ido?

—¿Qué dice el director?

Puck trató de resumir lo hablado brevemente y concluyó:

—La idea es perfecta. Cuatrocientas coronas entre los veinte alumnos es mucho dinero y debemos emplearlo útilmente. Lo que me molesta es que el señor Brummer sólo necesite a veinte de nosotros, por tanto habrá sesenta que quedarán decepcionados. ¿Nadie me guardará rencor?

—¡Jamás de los jamases!

—Gracias, pues. Bien, empezaré por elegir a Navio, Inger y Karen, lo que es lógico puesto que compartimos la misma habitación. Después a Annelise, Else y Joan... Y los demás, ya veremos...

—Y ¿los chicos?

Puck se volvió hacia Alboroto y dijo, sonriendo:

—Evidentemente, es imposible dejar de pensar en ti. Alboroto, y en ti. Cavador... Sin vosotros, la película sería un fracaso... Y luego el presidente del consejo de alumnos... Y

Uva-Seca

, cuyos ojos nos son indispensables...

—¡No, no, yo no me atrevería! —rehusó Aage Joergensen, llamado «

Uva-Seca

» a causa del color de sus ojos—. Prefiero que escojas a otro...

Puck se volvió hacia el gordo Svend y le dijo:

—Ocúpate tú de escoger a los veinte chicos. Svend.

—¡De acuerdo!

Entre risas y gritos, los alumnos sortearon a quiénes debían participar en él filme.

Alboroto y Cavador se eclipsaron discretamente. Cuando estuvieron en el desembarcadero se sentaron y cambiaron impresiones.

—Ha sido muy amable por parte de Puck el habernos elegido —dijo Alboroto.

—Sí, evidentemente —aprobó Cavador—. En tal caso creo que deberíamos renunciar a nuestros proyectos de gastarle una broma.

Alboroto, de un gesto, hizo acallar los escrúpulos de su compañero.

—Boberías, querido amigo. Puck es la única que tendrá un buen

papel en el filme, por tanto, debemos hallar el modo de gastarle una buena broma. Pero debemos pensarlo con calma, hacer trabajar nuestra materia gris. ¡Es absolutamente indispensable que esta vez el triunfo sea nuestro!

—Sí —aprobó al cabo Cavadór—. ¡El día del desquite está cerca! La victoria ya no se escapará de nuestras manos.

—Claro que no. ¿Acaso no poseemos las dos mentes mejor constituidas de todo Egeborg...?

—... Y sus alrededores —concluyó Cavadór, con modestia.

No era aquélla la primera vez que los dos chicos se daban autobombo. Pero, hasta entonces, Puck había acabado por vencerles siempre...

VII



El *cameraman* estaba colocado detrás de su aparato, dispuesto a filmar. A su izquierda estaba el director, que dio una rápida mirada a los comparsas vestidos a la usanza de la Edad Media, y con fuerte voz dijo: —¡Atención!

Los «caballeros» y las «damas» se quedaron inmóviles y se hizo un profundo silencio en el claro del bosque, al pie de las ruinas del castillo. La voz de Brummer sonó de nuevo:

—¡Cámara!

Un hombre joven hizo chasquear delante del objetivo de la cámara un curioso objeto compuesto por dos trozos de madera, y

gritó:

—Doscientos diecisiete... Doscientos diecisiete...

El *cameraman* empezó a rodar y un caballero gesticuló a unos pocos metros de la cámara. Tomó su espada por la empuñadura y miró a su alrededor de modo impresionante.

—¡Basta! —gritó Brummer.

Inclinando la cabeza de modo desaprobador, tomó el puesto del actor y le mostró cómo debía hacerlo.

—Empecemos de nuevo...

Y empezaron a filmar la escena por segunda vez.

Puck y sus amigos, sentados en la hierba, no se perdían nada del espectáculo. Los habían maquillado a todos y puesto trajes medievales. En una escena próxima, deberían actuar como pajes y nobles doncellas.

Navio dijo a media voz:

—¿Crees que al final este filme quedará claro, Puck? Tengo la impresión de que están rodándolo de una manera muy confusa... Todo enmarañado.

—No te preocupes. Navio... Ya verás cómo el señor Brummer lo ordena todo luego... Filman así las escenas, sin seguir el orden del guión, para ahorrar tiempo y dinero. Ahora todos los exteriores y luego lo demás... Después cortan la película y la reconstruyen en el orden que le corresponde...

—Pero ¿crees que consiguen concentrar los trozos adecuados?

—Claro. El director posee lo que se llama un «*script*» que es donde se detallan minuciosamente todas las escenas de la película.

—¡Cuántas cosas sabes sobre cine, Puck! —exclamó Navio admirada.

Puck sonrió ligeramente:

—Leí cosas en la enciclopedia del pensionado —dijo—. Fue cuando Alboroto me encargó el artículo sobre cine.

Alboroto intervino en la conversación.

—¿Sabéis que también filmarán en los salones del Hotel de Oesterby?

—¿En serio?

—Rigurosamente en serio. Han llevado al hotel gran número de decorados y los maquinistas están montando allí un salón de armas

medieval.

—Eso es cada vez más apasionante —jubiló Navio.

—Mirad, algo ocurre allí —dijo Karen.

El caballero Niels había finalizado su secuencia. Se sentó en la hierba, se quitó el casco, que tiró lejos, y se secó el sudor de la frente.

Los actores comparsas empezaron a cuchichear.

—Bente Winther —gritó entonces el director.

—Sí...

—Ven...

Cuando estuvo ante el director, la muchachita se sintió muy intimidada. Tenía la impresión de que todas las miradas estaban fijas en ella, en lo que se equivocaba. Los actores estaban demasiado cansados para seguir prestando atención cuando no les tocaba rodar, y solían descansar fumando o charlando. Todo acaba por ser rutina, incluso en el cine. El director llamó a un apuesto caballero y explicó:

—Fogh y Bente, os toca a vosotros ahora. Tú, Bente, espera en aquella piedra hasta que yo alce la mano. Entonces empezarás a correr hacia la cámara, echando temerosas miradas a tu alrededor. Cuando estés a unos ocho metros del objetivo, es decir dónde está Fogh ahora, él surgirá bruscamente. Tú te detendrás asustada y exclamarás: «¿Dónde está el caballero Niels? Debo prevenirle». ¿Crees poder hacerlo?

—Sí..., eso creo.

—Perfecto, entonces, ¡vamos!

Puck se colocó en la piedra y esperó la señal convenida.



Ya había desaparecido su nerviosismo y todo le parecía fácil de repente. Lo importante era mostrarse bien natural.

—¡Atención!

Puck miró a la cámara y vio que estaba un poco a un lado, de modo que de momento no entraba en escena. Aquello la tranquilizó más aún.

—¡Cámara!

Brummer levantó la mano y Puck se puso a correr. Su corazón latía apresuradamente lo que iba muy bien al papel, ya que debía simular estar muy asustada.

Todo pasó tan de prisa que apenas pudo darse cuenta. Todavía

estaba sobresaltada, cuando oyó la voz del director decir amablemente:

—Muy bien, Bente... En cuanto a ti, Fogh, has exagerado. No tienes por qué expresar tanto terror. La damita no te ha comunicado ninguna terrible nueva. ¡Vamos, empecemos de nuevo!

Filmaron de nuevo la secuencia y aquella vez el director quedó satisfecho. Durante la media hora siguiente, Puck tuvo que rodar aún varias escenas, y al cabo le dijeron que ya podía ir a descansar.

Alboroto, irónicamente admirativo, le puso una mano en el hombro.

—¡Estupendo, hijita! Greta Garbo no lo hubiera hecho mejor. ¡Una nueva estrella acaba de nacer ante nuestros ojos!

—¡Y pronto nacerá otra! —dijo Navio.

—¿Te han entrado delirios de grandeza. Navio?

—Nada de eso. Alboroto. Es de ti de quien yo hablaba. Cuando te toque rodar, los hermanos Marx quedarán automáticamente eclipsados. La gloria te espera, querido Alboroto.

Karen intervino:

—Lo has hecho estupendamente, Puck. Se diría que estás acostumbrada a actuar.

—Oh, no es difícil...

Poco después, el señor Brummer llamó a todos los alumnos, con excepción de Puck, que tenía derecho a un descanso. Y se procedió a filmar algunas escenas de «masas». Después de dar una ojeada a su reloj, el director dijo:

—Y ahora, amiguitos, todos al pensionado. Podéis conservar los trajes y así mañana ya podréis venir con ellos puestos. A la misma hora en el mismo lugar. ¡Adiós y muchas gracias!

Los muchachos tomaron sus bicicletas y en una extraña caravana se encaminaron al pensionado. Una veintena de pajes y damitas, escoltados por otros sesenta muchachos en vestidos corrientes, avanzaban por la carretera.

Cuando el alegre desfile pasó por delante de la casa del guardabosque, Bang estaba en el umbral fumando una pipa. Abrió los ojos asombradísimo.

—¡Vaya! ¿Ha llegado carnaval?

Los colegiales, riendo ante su sorpresa, se apresuraron a darle las

oportunas explicaciones; y Bang reía a mandíbula batiente.

Al llegar al pensionado, guardaron sus bicicletas y los jóvenes actores fueron a sus cuartos a cambiarse de ropas, y quitarse los maquillajes. La hora de la cena no tardaría en sonar y después deberían ponerse a estudiar en serio.

Alboroto y Cavador estaban guardando sus bicicletas cuando el primero dijo:

—Cavador, viejo amigo...¡Ahora sí que está claro que soy un genio auténtico!

—¿No lo has sabido siempre? Creí que estábamos de acuerdo sobre este punto. ¿Puedo preguntarte la razón de tu descubrimiento?

—Tengo una sensacional idea...

—¡Hum!

—Es formidable, de veras...

—Cuéntala...

Alboroto guardó un instante de silencio, acariciándose la punta de la nariz reflexivamente:

—Verás... Esta noche utilizaremos la máquina multicopista... Oficialmente diremos que es para el periódico, pero será para otra cosa... Ah, cuánto nos reiremos... Cavador le miró un tanto desilusionado:

—¡Utilizar la máquina de sacar copias! Y ¿ésa es tu genial idea?

—Sí, sí, Cavador, ¡una genialísima idea, ya lo verás!

* * *

Los veinte alumnos que habían tenido la suerte de ser elegidos para intervenir en la película tuvieron algunas dificultades en concentrarse en los estudios al día siguiente. Pero comprendieron que debían esforzarse, ya que el director se mostraría intransigente en este aspecto.

Durante el recreo no se habló más que del rodaje. Cómo Navio no dejaba de repetir, ¡aquello era formidablemente palpitante!

Por la tarde regresaron a las ruinas. Puck y sus amigos se divertían de lo lindo. Ya no estaban tan nerviosos y representaban

bien sus papeles. El director estaba particularmente satisfecho de las escenas en que Puck era *vedette* y acabó por decir a su ayudante:

—Esa chiquilla tiene temperamento. ¡Raramente he visto a alguien tan dotado para el cine!

El joven ayudante estuvo de acuerdo:

—Sí, actúa con una naturalidad que ya quisieran para sí muchos actores consagrados... ¡Podríamos contratarla para más adelante!

—No me parece factible... Su padre está en Sudamérica y el director de la escuela es responsable de su educación y no transige en sus obligaciones, lo que le honra...

—Sí, qué lástima...

—Bien, preparémonos para la escena siguiente. ¡Puck, te toca a ti!

Y el rodaje prosiguió...

Cuando los alumnos regresaron al pensionado hacia el final de la tarde, reinaba un general optimismo. Puesto que era sábado, no había estudio.

Cuando terminaban de cenar, se presentó un ciclista con una carta para Puck. Un tanto sorprendida, ésta la abrió y leyó:

Querida Bente:

Hemos decidido bruscamente filmar algunos interiores con Inger, Karen, Navio y tú en los salones del hotel de Oesterby. Tened la amabilidad de vestiros y venir. No os retendremos más de una hora y os pagaremos horas extras.

Cordialmente,

Brummer.

Puck tendió la carta a sus tres amigas y dijo:

—Vamos, chicas, sin perder tiempo...

Navio hizo un gesto malhumorado:

—Cuando entremos en Oesterby en bicicleta y ataviadas como damiselas de la Edad Media, la gente se reirá de nosotras.

—Como sea, nos hemos comprometido y debemos cumplir. Sigamos las instrucciones del señor Brummer. Vamos, vamos...

—Bien, si eso piensas...

Las muchachitas se vistieron de prisa. Aquellas ropas no eran precisamente las adecuadas para montar en bicicleta, ¡pero todos los trabajos tienen algún inconveniente, incluso el de actriz!

Cuando los demás las vieron ataviadas de tal modo, las llenaron de preguntas:

—¿Por qué os habéis vuelto a vestir?

—¿A dónde vais?

—¿No se había acabado ya de rodar por hoy?

—¿Regresáis a las ruinas?

Puck respondió por todas:

—El señor Brummer nos ha convocado al hotel de Oesterby, donde debe filmar algunas escenas de interiores.

Poco después las cuatro muchachitas pedaleaban animosamente en dirección al pueblo.

Y todo ocurrió tal como Navio había temido. Todo el mundo las miraba con curiosidad, y algunos reían y hacían chistes acerca de su aspecto. En todas partes, la presencia insólita de nuestras heroínas provocaba gritos y risas.

Karen se volvió hacia Navio y le dijo disgustada:

—Supongo que no hallarás eso «formidablemente palpitante»...

—Desde luego que no...

—Bah... —exclamó Puck—. Dejémosles reír. Tomémoslo con indiferencia.

—¡Vaya, vaya!; —les gritó un hombre—. ¿Celebráis hoy carnaval, hijitas?

—Sí —respondió Karen—. ¡Nos hemos puesto de acuerdo en venir a divertirles a ustedes, que tan buen humor parecen tener!

Una carcajada general acogió sus palabras.

Llegadas ante el hotel, la situación no hizo sino empeorar. ¡Se había formado a su alrededor un verdadero tumulto!

—¡Miradlas, miradlas! —gritaban los niños del pueblo ante el general regocijo.

En aquel momento el señor Brummer apareció en la puerta del hotel y gritó estupefacto:

—¡Por el amor del cielo! ¿Qué sucede aquí? ¿Ha llegado un circo?

Puck, que trataba por todos los medios de conservar su sangre fría, le gritó suplicante:

—Señor Brummer, señor Brummer... ¡defiéndanos de esos salvajes!

Entonces el director de cine se dio cuenta de la presencia de Puck y sus amigas, ataviadas para filmar, y por un instante se quedó inmóvil de sorpresa.

—¡Bente! —exclamó estupefacto—. ¿Qué hacéis aquí... y vestidas así?

Puck abrió la boca para responder, pero en aquel instante un grupo de muchachos, entre estridentes vítores, tomó a Navio en brazos y se la llevaron hacia la pastelería Bose, situada frente al hotel.

—¡Socorro, socorro! —gritaba la pobre Navio.

Brummer comprendió que debía intervenir sin pérdida de tiempo y se precipitó en auxilio de Navio. Algunos actores salieron del hotel y acudieron en su ayuda, pero no fue sin grandes dificultades que consiguieron poner a Puck y sus tres amigas fuera de peligro, en el vestíbulo del hotel.

El director de cine se secó el sudor de la frente y miró a las cuatro jovencitas consternado. Preguntó al cabo:

—¿Es que todo el mundo se ha vuelto loco? ¿Qué significa todo esto?

Puck, que estaba recobrando la serenidad, pudo explicar:

—Hemos venido a rodar las escenas de interiores...

—¿Cómo?

—Usted nos lo ha pedido en su carta...

—¿Yo? Yo no os he pedido nada de eso...

—Sí, en su carta. Nos pedía que las cuatro viniéramos aquí vestidas para rodar...

—¿En mi carta? ¿Qué carta?

—La... la que usted nos ha enviado.

El director gimió como un animal herido y, volviéndose hacia el joven actor Fogh, le dijo:

—Querido amigo, tráeme un whisky del bar. ¡Lo necesito!

Riendo, Fogh corrió a buscar la bebida solicitada, en tanto Puck tendía al señor Brummer la carta en cuestión:

—Ésta es su carta, señor Brummer...

La tomó como a un objeto estrafalario y empezó a leerla. Después inclinó la cabeza.

—Jamás he escrito eso. Además, ésta no es mi firma. ¿Quién te ha entregado esta carta, Bente?



Puck le dio las explicaciones al caso y al cabo de un rato Brummer sonrió:

—Creo que empiezo a comprender. Os han gastado una broma, hijitas...

Las chicas se quedaron boquiabiertas.

—Una broma, ¿eh? —repitió Puck—. Pues ya empiezo a ver claro... Y creo tener la explicación del misterio.

—Entonces, cuéntenoslo —dijo el señor Brummer, variando su vaso—. Tal vez eso nos impida volvernos todos locos.

—Un momento, por favor... —dijo Puck.

Y corrió hacia la ventana, desde donde echó una ojeada a la chiquillería que seguía vociferando en la plaza. También había algunos adultos, y Olsen, el representante de la autoridad, que trataba de imponer orden.

Y en aquel instante Puck vio a quienes estaba buscando:
¡Alboroto y Cavador!

Con los dientes apretados, Puck estuvo mirándoles largo rato,
murmurando entre dientes:

—¡Ésa, amigos míos, me la vais a pagar cara!

VIII



El señor Brummer y demás actores dieron rienda suelta a su hilaridad cuando Puck les explicó lo que, sin duda, había sucedido.

Uno de los actores entró en el vestíbulo, procedente de la plaza. Tenía un papel en la mano y, riendo de buena gana, lo tendió al director, al tiempo que les explicaba a todos:

—Éste es el final de la historia. La mayor parte de los chiquillos del pueblo tienen un papel como éste y me han contado que dos muchachos estuvieron distribuyéndolos esta tarde.

La hoja que tenía el señor Brummer decía así:

Se hace saber...

Que esta tarde habrá una fiesta al aire libre para todos los niños del pueblo de Oesterby. Hacia las siete, cuatro muchachas, disfrazadas de modo gracioso, llegarán en bicicleta, dirigiéndose al hotel. ¡El que consiga llevarlas contra su voluntad a la pastelería de Bose recibirá como premio un colosal helado!

¡Buena suerte!

El comité.

El director de cine estalló en risas.

—Ésa ha sido buena. ¡Qué par de bromistas! Pero con franqueza, Bente, habéis sido muy ingenuas al creeros lo de la carta. Si hubiera necesitado tornar unas escenas, habría llamado al señor Frank, ¿no os parece?

—Sí —admitió Puck—. Tiene razón. Pero todo pasó tan rápido que no tuve tiempo de reflexionar...

—Confío en que los trajes no se hayan estropeado.

Navio bajó la cabeza:

—El mío está en un estado lamentable.

—Bien, seguidme al restaurante, hijitas. Después de tantas emociones, creo que os sentará bien un monumental helado...

Y añadió, riendo:

—En cuanto a esos críos que alborotan ahí fuera, no podemos dejarles tan decepcionados. Fogh, llégate por favor a la pastelería y compra un helado para cada niño. ¡A mi cuenta!

Un poco después, confortablemente instaladas en el restaurante, Puck y sus amigas pudieron escuchar un colosal clamor de alegría procedente de la chiquillería de la plaza y durante media hora el gordo pastelero y su esposa estuvieron sirviendo helados. Poco a poco la calma se fue imponiendo en el pueblo, gracias más bien a los helados que a las exhortaciones de Olsen. Mirando hacia la ventana, Puck pudo darse cuenta de que el suelo de la calle estaba lleno de folletos.

Dijo, riendo:

—Alboroto y Cavador han trabajado de lo lindo en la máquina multicopista del colegio, hay que reconocerlo. ¡Lástima que ese par

de sinvergüenzas gasten sus energías en semejantes cosas!

—¡No te preocupes! —exclamó Navio—. Ya nos desquitaremos.

Inger sonrió:

—Por lo visto. Alboroto y Cavador están de nuevo en pie de guerra. Por tanto, debemos estar preparadas para nuevas sorpresas.

—¡Que estén ellos también alerta! —exclamó Puck—. Más de una vez les hemos hecho morder el polvo.

Mientras las jovencitas se tomaban el helado, el señor Brummer había desaparecido. Ahora regresaba diciendo;

—He telefoneado al señor Frank contándole toda la historia...

—Dios mío —exclamó Puck—. ¿Le ha hablado usted también de Alboroto y Cavador?

—Naturalmente.

—No debió hacerlo —murmuró Puck, preocupada—. Son dos chicos muy traviesos, pero no queremos que tengan problemas con nuestro director.

—No te preocupes —dijo Brummer—, tendrán problemas, pero distintos de los que tú supones.

—¿Qué quiere decir? ¿Acaso el director no se ha enojado?

—Desde luego que no. Ha reído de buena gana como todos nosotros. Pero ha decidido que, puesto que habían prometido helados gratis a los niños de este pueblo, tendrán que pagar de sus ahorros los que yo les he distribuido. ¡Son en total unas 65 coronas! Yo deseaba pagarlos, pero el señor Frank dice que han de pagarlos ellos...

—¡Bravo! —aplaudió Navio, con entusiasmo—. ¡Lo tienen bien merecido!

—Lo lamento... un poco —dijo Puck, aunque en el fondo estaba bastante divertida—. ¡Tengo una idea! —añadió, levantándose para ir a echar una ojeada a la calle—. Esperen...

Como un torbellino, desapareció por la puerta para regresar poco después con un papel en la mano.

—Por suerte —dijo— todavía había unos niños en la plaza y he podido hacerles firmar este papel de agradecimiento a Alboroto y Cavador.

—¿Qué agradecimiento? —preguntó Inger.

—Lee tú misma —dijo Puck, tendiendo el papel a Karen.

Karen leyó:

Queridos Hugo y Henrik:

Muchas gracias por los 186 deliciosos helados que nos ha dado en vuestro nombre al pastelero Bose. Claro que esto significará un buen pellizco en vuestros ahorros.

Todos los niños del pueblo os damos calurosamente las gracias.

Y debajo se veían las firmas de varios niños y niñas. Karen devolvió la carta a Puck con una sonrisa.

El señor Brummer dijo, divertidísimo:

—¡No creo que pudiera hallarse una venganza más refinada que ésta!

Dicho lo cual se levantó:

—¿Queréis ver la sala de armas que hemos preparado para el filme, antes de que os conduzca de regreso al pensionado?

—Oh, sí, de buena gana, gracias...

Las muchachitas abrieron grandes ojos asombrados al contemplar la transformación operada en uno de los salones del hotel, convertido gracias a unos decorados en una maravillosa sala de armas medieval.

—El lunes —explicó el señor Brummer— debemos terminar de rodar todas las escenas que precisan este decorado, ya que el dueño del hotel no puede prestarnos la sala por más tiempo. Serás sobre todo tú, Bente, quien deberás afrontar los proyectores, pero también necesitaremos a todos vuestros compañeros para algunas secuencias aisladas.

Cuando, una media hora más tarde, el coche del señor Brummer depositó en el patio del pensionado a las cuatro amigas, todos los demás alumnos les hicieron objeto de un irónico recibimiento. Como era de suponer. Alboroto y Cavadór ya habían esparcido la noticia.

Alboroto, seguido por su inseparable compañero, se acercó a ellas con expresión de un gato que acaba de comerse un ratón.

—Y qué, Puck... ¿Os habéis divertido?

Puck sonrió amablemente:

—Mucho, querido Alboroto. Sobre todo teniendo en cuenta que el señor Brummer nos ha obsequiado en grande en el restaurante del hotel... Pero lo que no podemos comprender es cómo Cavador y tú habéis consentido en gastaros 65 coronas por una broma.

—¿Qué? —gritó Alboroto—. ¿65 coronas?

—Sí, poco más o menos, eso es lo que han costado los 186 helados —explicó Puck inocentemente—. No es necesario deciros lo mucho que los niños han agradecido vuestra generosidad. Incluso han querido expresarlo por escrito. ¡Leed!

Alboroto, lleno de oscuros presentimientos, tomó la carta y la leyó. Luego, temblando de ira, dijo:

—Ah, no, eso no ocurrirá. Cavador y yo no pagaremos ni uno solo de esos helados...

—¡Qué olvidadizos sois, muchachos! —dijo la voz del director a sus espaldas. Y mirando con insistencia a Alboroto y Cavador, concluyó—: Hugo y Henrik, vosotros habéis prometido helados gratuitos a los niños del pueblo. Pues bien, yo los he pagado... de vuestros ahorros. Os ha costado la broma 32 coronas y media a cada uno.

Las palabras del director provocaron la hilaridad general. Los únicos que no tenían ganas de reírse eran los dos bromistas, precisamente. Nunca pudieron imaginar que su broma se volviera contra ellos de tal forma.

Con los puños cerrados y los dientes apretados, giraron sobre sus talones en dirección del lago.

En cuanto estuvieron seguros de no ser oídos. Cavador murmuró:

—Así que la tuya era la mejor idea del mundo, ¿eh...?

—Pero...

—Eres un siniestro tonto, querido Alboroto.

—Te prohíbo hablarme así —exclamó Alboroto, haciendo rechinar sus dientes—. Lo que ocurre es que Puck es mucho más astuta que nosotros. Y además, ¡quién iba a pensar que el director se metería en el asunto! Nunca supuse que Puck fuera una delatora. ¡Me ha decepcionado profundamente!

—A mí también —admitió Cavador, tristísimo—. ¿Qué haremos

ahora?

Alboroto exclamó de pronto: —¡Tengo otra idea genial!

—Ah, no, no... Muchas gracias —protestó su compañero—. Si tu nueva idea ha de resultarnos tan cara como ésta, puedes guardártela para ti solito.

—Mi nueva idea nos costará sólo dos bobinas de hilo de pescar y un anzuelo.

—¡Hum! No sé... ¿Es también la mejor idea del mundo?

—Bueno... Digamos que una de las mejores —respondió Alboroto, con modestia.



Aquel domingo fue un día de descanso para los actores profesionales y ocasionales. Puck y sus tres amigas se dedicaron a estudiar sus lecciones, Pero trabajaban sin gran convicción, ya que hacía un tiempo radiante y se oía a través de las ventanas el gozoso alboroto de los demás alumnos, que habían estudiado la víspera.

Karen dejó el libro y dijo con voz triste:

—¿Ha dicho alguien alguna vez que la geografía sea divertida?
¿Cuál es la capital de Yugoslavia?

—Sofía —dijo Navio, sin pensar demasiado.

—Belgrado —corrigió con dulzura Inger, sin siquiera apartar los ojos de su libro.

—¿Y Sofía, entonces?

—Es la capital de Bulgaria.

—Ah, yo creía que era Bucarest.

Inger sacudió la cabeza con indulgencia:

—Espero que ninguna de vosotras espere hacer carrera como profesora de geografía.

—Eso mismo debe de pensar el profesor Frederick de nosotras. Supongo que estará muy contento de irse a Sudamérica y perdernos de vista. ¡Y le sustituirá la gentil señorita Brinck! —dijo Navio encantada—. ¿Os acordáis de nuestro primer encuentro en el tren? El día en que aquel pequeño monstruo llamado Hans estuvo a punto de volvernos a todos locos...

Las cuatro estallaron en risas. Era una historia que jamás olvidarían.

De pronto Puck se puso seria. Las palabras de su amiga acababan de recordarle a su padre. Pronto el señor Frederiksen estaría en Sudamérica. Tal vez... se encontrara con su padre. Puck se prometió hablar con él antes de su marcha.

En el refectorio, los ocupantes del «Trébol de Cuatro Hojas» se encontraron con las miradas de frío desprecio de Alboroto y Cavador. Puck se sorprendió.

—¿Qué ocurre, Alboroto? ¿No eres capaz de aceptar deportivamente la derrota?

—Sin duda alguna —respondió el muchacho—. Pero ni Cavador ni yo podíamos suponer que fuerais unas soplonas...

—¿Soplonas?

—Sí, sí, lo has oído perfectamente. ¿Te atreverías a decir que no fuiste tú quien contó al señor Frank lo de los helados?

La voz de Puck se cargó con un acento de amable reproche:

—Deberías avergonzarte. Alboroto. ¿Cómo puedes suponer algo así de mí? Fue el señor Brummer quien telefoneó a nuestro director para contárselo...

—¿De veras?

—Tal como te lo digo...

—¡Ese Brummer me las pagará! —exclamó entonces Alboroto.

—Pero si él sólo quiso informar al director de que... nos habíais gastado una broma.

—Muy bien. Pues ahora será él quien será objeto de una broma.



Puck se encogió de hombros. Después se dirigió a su sitio.

Luego del almuerzo, Alboroto y Cavador estuvieron hablando largo rato, con aires de conspiradores. Y después, Alboroto tomó su bicicleta y se alejó.

Antes de irse comunicó a su amigo que iba al hotel de Oesterby a sondear el terreno.

—Excelente idea, querido amigo —dijo Cavador.

Llegado ante el hotel, Alboroto abandonó su bicicleta junto a un muro y trepó con rapidez por una escalerilla de hierro que conducía

al granero.

El granero del hotel estaba en reparación, pero —y el muchacho lo sabía—, los obreros estaban de vacaciones por unos días, ya que no podían trabajar mientras se rodase en el interior del edificio.

El suelo estaba lleno de grietas, de modo que Alboroto tuvo que avanzar con extremada prudencia. Algunas de las grietas eran tan anchas que podía verse fácilmente lo que ocurría en el salón.

Alboroto se agachó y miró. Ante sus ojos estaban los decorados del «salón de armas». Visto lo cual se levantó frotándose las manos, satisfecho.

Sí, Cavador y él se reirían en grande...

Cuando descendía por la escalera de hierro una voz le hizo sobresaltar:

—Eh, ¿qué estabas haciendo en mi granero, chico?

Era Jespers, el camarero del hotel, un hombre malhumorado y violento.

—Es que... debo tomar parte en las escenas que filmarán mañana y... simplemente quería ver desde arriba la sala de armas...

—¡Hum! —gruñó Jespers—. Que no vuelva a sorprenderte por aquí. No tenemos el menor deseo de que una cabeza hueca como la tuya se rompa un brazo o una pierna y nos hagan responsables de eso... ¡Largo!

Alboroto no se hizo repetir la orden. Y poco después pedaleaba con fuerza hacia Egeborg. ¡Ya había visto lo que quería!

Un cuarto de hora más tarde, contó a su amigo el resultado de su viaje. Cavador dijo, satisfecho:

—Ya tengo todo lo preciso: anzuelo e hilo... Es hilo de nilón... Mejor que mejor. Es más sólido. ¿Y es mate?

—Sí, e irrompible.

—De lo contrario brillaría ante los proyectores y lo descubrirían... En cuanto al anzuelo, nos bastará con sumergirlo en un tintero y dejarlo secar.

—Ah, Alboroto, somos verdaderamente geniales tú y yo...

—Sí, pero no debemos olvidar que Puck tampoco es tonta. Y parece haber nacido bajo una buena estrella... Cuando recuerdo que los helados nos han costado 32 coronas y media... ¡Y pensar que guardábamos ese dinero para nuestro viaje a Inglaterra!

—Con lo que nos costó economizarla...

—Puck y el director de cine tienen que pagarnos eso.

Los dos amigos se miraron y comprendieron. Estaban casi siempre de acuerdo en todo.

Cavador ocultó cuidadosamente el hilo y el anzuelo, mientras decía:

—Alboroto, ¿no te parece que deberíamos estudiar un poco?

—No es una idea que me entusiasme demasiado... —respondió Alboroto—. Pero podemos echarlo a cara o cruz. Si sale cara, vamos a jugar al fútbol... Si es cruz, estudiaremos.

—Excelente idea —aprobó su compañero, satisfecho.

Alboroto echó una moneda al aire y un instante después anunció, exultante:

—Cara...

La sonrisa de Cavador se acentuó con un ligero matiz irónico. ¡Conocía bien aquella moneda, comprada en una tienda de artículos de broma! Era de dos caras...



El señor Brummer salía precipitadamente de su habitación del hotel y estaba muy excitado. Bajó la escalera e irrumpió en el comedor.

—Señor Larsen... ¿Sabe que personas desconocidas han entrado en mi habitación?

—¡Personas desconocidas! —exclamó el hotelero—. Eso es imposible. ¿Le han robado algo?

—Claro que sí —dijo el director de cine—. El cofre donde guardaba mi dinero... Y contenía casi 4000 coronas...

—¡Dios Santo, 4. 000 coronas! —exclamó Larsen sofocado—. Pero ¿quién puede haber hecho una cosa así?

—Es lo que quisiera saber. Hace apenas unas horas estaba en mi mesa de trabajo y ahora ya no está. ¡Lo han robado!

—Es espantoso... Espantoso —gimió el hotelero—. ¡Un robo en mi hotel! Estoy deshonrado. ¿Está seguro de lo que dice, señor Brummer?

—Por desgracia, sí. Lo he registrado todo y no me queda duda. Debe telefonar en seguida a la policía.

—Si usted lo quiere así...

Cuando la comunicación quedó establecida, el director contó brevemente lo sucedido.

Y una hora más tarde, todo el hotel estaba en plena conmoción. La noticia se había divulgado por todas partes y era objeto de todas las conversaciones. Los policías de Sundkoebing llegaron algo más tarde. Eran dos inspectores, que se encargaron de reunir al personal y a los clientes en el restaurante.

Y comenzaron los interrogatorios.

—Ese dinero, ¿estaba en billetes grandes o moneda fraccionada?

—Había un billete de 500 coronas. El resto eran billetes de 100 y de 10, y lo demás monedas pequeñas. Siempre llevo una fuerte suma conmigo para hacer frente a compras imprevistas, salarios de comparsas..., etc.

—¿Estaba el cofre cerrado con llave?

—Sí, pero la llave estaba puesta en la cerradura.

—Ya... Es una peligrosa negligencia, señor Brummer...

A continuación los policías interrogaron al hotelero, a las camareras, al camarero Jespers y a los actores, pero nadie pudo dar la menor pista. Luego los policías subieron a la habitación del señor Brummer para examinar el lugar.

—Es un asunto engorroso —dijo uno de los inspectores—. Nos veremos obligados a registrar las demás habitaciones y...

—Y también la vivienda del hotelero —añadió el inspector Holm.

Su colega le miró con aire interrogante.

—¿Sospechas de él?

—A decir verdad... No es ningún secreto que el hotelero está en mala situación financiera... ¡Una situación que debe resolverse precisamente dentro de pocos días! Es un aspecto del asunto que no

podemos por menos de considerar...

—Evidentemente.

Abajo, en el restaurante, Brummer estaba mirando su reloj. Dijo a sus actores:

—Bien, no debemos permitir que esta historia del robo entorpezca la buena marcha del rodaje. Dentro de poco nuestros amiguitos de Egeborg estarán aquí. ¡Preparémonos, pues!

Y todo el mundo se puso manos a la obra.

Cuando Puck y sus compañeros llegaron, oyeron hablar del robo, pero no dispusieron de tiempo para cambiar impresiones, ya que tuvieron que ponerse a rodar en seguida. Todo había sido cuidadosamente preparado en la sala de armas. Dos imponentes centinelas guardaban la entrada mientras que un nutrido grupo de nobles damitas revoloteaban en tomo a la gentil castellana. Fogh, el joven actor, se disponía a entrar en escena, con Puck. Aquella escena no precisaba de comparsas masculinos, así que los chicos permanecían al fondo como espectadores.

El director llamó a Puck y le dio instrucciones.

—El rey ha venido de visita y el caballero Niels, a quien tú buscas, acompañada de Fogh, se encuentra en los apartamentos reales... al otro lado de la puerta. Tú vienes por la izquierda, y te diriges hacia la castellana para hacerle una reverencia. Después intentas proseguir tu camino hacia la puerta, pero Fogh te detiene. ¿Estás dispuesta?

Se hizo un silencio total.

—¡Proyectores!

Los proyectores se encendieron, inundando de luz la sala.

—... Cámara...

La escena parecía estar desarrollándose normalmente cuando se produjo un insólito acontecimiento. Puck, en medio de la sala, acababa de hacer su reverencia, cuando tuvo la sensación de que le arrancaban los cabellos.

¡Y su lindo sombrero emplumado salió proyectado hacia el techo, ante el estupor de la concurrencia!

—¿Es que estoy embrujado? —gritó Brummer—. ¿Qué clase de cosas ocurren en este hotel?

Apenas había acabado hablar cuando el sombrero de Puck cayó

de nuevo desde el techo, directamente a la cabeza de la jovencita.

Ésta gritó de susto y la agitación reinó en el lugar. Brummer, fuera de sí, gritaba también para restablecer el orden, pero sin conseguirlo. Nadie había sido nunca testigo de un fenómeno semejante, tan inexplicable, y todo el mundo reía nerviosamente. Entonces, de modo inesperado, tuvo lugar otro incidente teatral: los dos policías irrumpieron en la sala. Uno de ellos tenía el cofre bajo un brazo y el otro... conducía, fuertemente agarrado, a... ¡Alboroto!

El desdichado Alboroto, vestido de paje, se debatía como un verdadero demonio, pero el policía le sujetaba con puño de hierro.

—¿Qué ocurre ahora? —gimió Brummer, totalmente desbordado por los acontecimientos. Pero, cuando vio el cofre metálico, se animó un poco—: ¡Es mi cofre!

El inspector asintió:

—Sí, en efecto. He sorprendido a ese chico bajando por la escalerilla del granero con el cofre bajo el brazo.

—Esto es una infamia —protestó Alboroto, con vehemencia.



El inspector le sacudió:

—¿Te atreverás a negarlo, sinvergüenza?

—Claro que lo niego... Si yo tenía el cofre bajo el brazo era porque... porque trataba de devolvérselo al señor Brummer.

—¿Supones que vamos a creerte, amiguito? —dijo irónicamente el inspector—. La verdad es que tú lo habías ocultado en el granero y ahora aprovechabas el momento en que todos estaban distraídos para huir con el botín.

—Eso es una burda calumnia —declaró dignamente Alboroto.

—Entonces explícanos qué hacías en el granero —ordenó severamente el policía.

—Debía... Quería...

—Bien... Ya nos lo contarás con calma en la comisaría...

—¡No, no quiero ir a la comisaría!

—¿Acaso supones que te pediremos tu opinión?

Puck se abrió camino hacia Alboroto y el policía. Y dijo con vivacidad:

—Veamos, señor inspector... Alboroto... Quiero decir Hugo... no puede haber robado el cofre... Es absurdo

—¿Qué sabes tú? —y al reconocer a Puck añadió—: Vaya, eres tú de nuevo, ¿eh?

—Sí, señor inspector. Y le aseguro que Hugo no es un ladrón.

—Gracias, Puck —dijo Alboroto—. Debo admitir que eres una chica formidable con más seso que Sherlock Holmes.

—¿Quieres hacer el favor de callarte, bribonzuelo? —ordenó el inspector.

—No, no me callaré. Puedo probar que estaba en el granero realizando... una labor muy... honorable.

—Entonces, explícate de una vez muchacho. ¿Qué hacías en el granero?

—Yo sólo quería escamotear el sombrero de Puck, quiero decir, Bente... Cavador podrá confirmar mis palabras.



—¿Cavador?

—Sí —dijo Alboroto—. Cavador, ven —gritó—. Cuéntale al inspector toda la historia...

Cavador se adelantó rápidamente y soltó toda una sarta de confusas explicaciones:

—Sí... Habíamos decidido divertirnos un poco a costa de Puck... Y también queríamos vengarnos del señor Brummer, ya que por su culpa cada uno de nosotros ha perdido 32 coronas y media...

—No veo qué relación...

—Hemos fabricado un pequeño invento que hemos hecho bajar por la grieta del techo. Consiste en hilo y anzuelo para pescar el sombrero de Puck... Y, como todo el mundo ha podido constatar, nos ha salido bien... al principio.

Toda la asistencia reía de buena gana. Así se explicaba el misterio del sombrero. Pero el inspector no estaba satisfecho.

—Bien, bien... Veamos. Señor Brummer, ¿ha comprobado usted si el contenido del cofre estaba intacto?

El director de cine lo abrió y miró dentro:

—¡Falta el billete de 500 coronas!

* * *

Fue preciso interrumpir el rodaje, ya que los dos inspectores habían decidido llegar al final del asunto.

Alboroto sostenía que él había subido al granero para llevar a cabo su broma y, cuando buscaba la mejor grieta para hacer descender el anzuelo, vio un objeto brillante medio escondido en un hueco. Al aproximarse, reconoció el cofre del señor Brummer. Su primera intención fue bajar en seguida a devolvérselo a su dueño, pero no fue capaz de renunciar a la broma preparada. Y, como fuera que Puck, en aquellos momentos, estaba en el lugar indicado, había hecho bajar el hilo y efectuado con éxito su número de prestidigitación. Contento por ello, había tomado el cofre y salido del granero, por la escalerilla de hierro... para ir a dar en manos del inspector.



—¡Le juro que es la pura verdad! —dijo Alboroto, terminando así su relato.

Pero los dos inspectores se mostraban un tanto escépticos.

Y todo parecía estar en contra del pobre muchacho. Jespers, el camarero, afirmaba haber sorprendido el día antes al mismo chico bajando también del granero, y era fácil pensar que había estado buscando un lugar para ocultar el cofre.

El inspector se llevó aparte al señor Brummer y le dijo:

—Todo parece acusar al muchacho. En primer lugar, había un móvil...

—¿Un móvil? —se asombró Brummer.

—Sí, por culpa de usted tuvo que pagar 32 coronas por los helados y tal vez eso sea un robo como venganza. Además, el chico no sabía que hubiera tanto dinero en el cofre... Y toda esa historia de hacer volar el sombrero, me parece absurda... Por otra parte, contamos con el testimonio de Jespers, que vio ayer al chico salir del granero...

—Sus razonamientos me parecen lógicos —dijo Brummer—, pero carecemos de pruebas. Ese Hugo parece ser un bromista

incorregible, pero en modo alguno un ladrón...

—Como sea, me veo obligado a llevarme al chico a Sundkoebing, a la comisaría. Le corresponde al comisario en jefe decidir el asunto.

—En tal caso, debo telefonear al señor Frank.

Alboroto se resistió con todas sus fuerzas a ser metido en el coche policial, pero su resistencia fue totalmente vana.

X



Una atmósfera pesada se abatió sobre los actores y los compañeros de Alboroto. Éste podía ser, sin duda, un bromista empedernido, pero su popularidad era grande entre alumnos y profesores. Además, todo el mundo en Egeborg estaba persuadido de que era totalmente incapaz de robar un solo céntimo, ni de cualquier otra falta de honradez.

Puck dijo a Navio:

—Escucha, Navio, voy a escaparme...

—¿Qué?

—¿Me acompañas?

—¿A dónde vas?

—Te lo explicaré luego. Tengo una idea y me gustaría que alguien me ayudara. ¿Cuento contigo?

—¡Naturalmente y siempre!

Las dos amigas se alejaron juntas sin ser vistas. Unos segundos después pedaleaban en dirección al pensionado de Egeborg.

Al llegar al colegio, dejaron sus bicicletas y subieron al cuarto. Se quitaron las ropas de rodaje y poco después Puck se hallaba en el despacho del director.

Cuando el señor Frank vio a Puck, se puso severo y declaró:

—Sé por qué estás aquí, Bente. La policía de Sundkoebing acaba de llamarme.

Puck preguntó nerviosamente:

—Señor director: usted no puede pensar que Hugo...

—¡No, Bente, claro que no! Nadie será capaz de hacerme pensar cosa semejante. Ahora mismo iba a tomar el coche para ir a la comisaría...

—Señor... ¿Navio y yo podríamos ir con usted?

—¿Qué diablos queréis hacer allí tú y Navio?

—Queremos ayudar a Hugo... Tengo una idea... Tal vez sea una tontería, pero... tal vez no.

El director le sonrió:

—Está bien, Bente, sé que no tienes serrín en la cabecita. Acompáñame, si así lo deseas. Y Navio también.

Cuando estaban ya en marcha hacia Sundkoebing, el director preguntó a Puck:

—Puesto que una idea bulle en tu mente, ¿por qué no me la cuentas, Bente?

—Con mucho gusto. A mí me parece que es una cosa muy rara que el único billete desaparecido del cofre sea precisamente el más grande. Si alguien pretendía que su robo no fuera descubierto, hubiera sido preferible tomar varios pequeños...

—Una observación inteligente...

—Seguramente el ladrón tenía prisa por irse, puesto que ha dejado el cofre en el granero... Además, no cambiará el billete de 500 coronas por aquí, porque todo el mundo sospecharía. Por tanto, es probable que haya ido a Sundkoebing...

—¿Tienes acaso intención de interrogar a todos los comerciantes de la ciudad?

Puck sonrió:

—Claro que no. Tengo una idea mejor. Voy a pedirle que me haga un favor: que nos deje a Navio y a mí en casa del veterinario Anders Moeller. Así les saludaré a él y a su esposa, a quienes no he visto desde hace días.

Cuando, unos momentos después, Puck y Navio entraron en casa de los Moeller, escucharon un pequeño ladrido alegre y vieron cómo una bolita marrón y blanca se precipitaba a su encuentro.

—Hola, mi querido Plet... —dijo Puck acariciando al perrillo—. Hacía mucho que no te había visto... Más de quince días, creo...

Plet era el perro de Puck. Cuando su padre se había visto obligado a irse a América del Sur, y Puck había sido internada en Egeborg, Plet había quedado al cuidado del matrimonio Moeller, amigos de la infancia del padre de Bente. Ésta les llamaba a ambos «tíos». Y aun cuando el perrito era querido y mimado en aquella casa como un pequeño rey, cada vez que Puck aparecía por allí —lo que sucedía tres o cuatro veces al mes—, el animalito se volvía loco de alegría.

El veterinario entró en el cuarto y dijo:

—¡Bente, qué agradable sorpresa!

Penetraron juntos en el cuarto de estar, donde ya la esposa del veterinario había preparado pastelitos y refrescos.

Mientras saboreaban aquella merienda, Puck les contó toda la historia.

Cuando hubo finalizado, el veterinario le preguntó sonriente:

—Y tú, ¿qué quieres que yo haga? ¿Detective? Puck dijo ansiosamente:

—Tío Anders... Tú conoces a todos los banqueros de la ciudad, ¿no es cierto?

—Sí, creo que sí —contestó el señor Moeller—. Aquí hay dos directores de banca y el director de la caja de ahorros.

Y los cajeros. En total, seis personas. Ya ves que no es difícil conocerlas a todas. ¿Qué quieres que hagan los banqueros?

—Tal vez podrían decirnos si alguien ha cambiado hoy un billete de 500 coronas. Aunque tal vez ese billete no llegue a los

bancos hasta dentro de unos días, si es que ha sido cambiado en un comercio.

—Razonas de modo muy inteligente —concedió el veterinario—. ¡Está bien, lo intentaremos!

Se levantó y encaminó hacia su despacho. A través de la puerta, le oyeron hacer varias llamadas telefónicas. Diez minutos más tarde, entró de nuevo en el cuarto de estar y dijo, animadamente:

—Creo que la suerte nos sonríe. Unos instantes antes del cierre, el banco de Sundkoebing ha recibido una entrega del comerciante Iversen, de la calle principal, y en ella venía un billete de 500 coronas.

—¡Hurra! —gritó Puck—. ¡Ya tenemos al ladrón!

—Calma, hijita. Los billetes de 500 coronas son raros, pero no hasta tal punto... —dijo el veterinario—. De todos modos podremos ir a hacerle una visita al señor Iversen.

—Sí, vamos en seguida, tío Anders.



El veterinario, Puck y Navio caminaron por la calle principal hasta la mercería del señor Iversen. El señor Moeller le saludó:

—Hola, señor Iversen. Le hablaré sin rodeos. Estas dos chiquillas se interesan de modo particular por un billete de 500 coronas que le ha sido dado a usted en el curso del día... Probablemente por la mañana. ¿Lo recuerda?

Iversen asintió:

—Desde luego. He servido yo mismo al cliente. Los tiempos son duros, querido Moeller, y los billetes de 500 coronas no abundan. Así que he reparado en él, créalo.

—Y... ¿quién era él cliente?

—Un hombre alto y joven a quien no había visto antes. Se ha comprado camisas y ropa interior, por un total de 100 coronas, poco más o menos.

Puck intervino entonces:

—Señor Iversen, ¿podría describirnos usted detalladamente a ese joven?

Iversen se rascó detrás de la oreja:

—Pues... No recuerdo gran cosa. Llegó en motocicleta, marca B. S. A. Y su pelo era abundante, despeinado y totalmente pelirrojo. Mal afeitado... ¡Nunca había visto nada igual!

—¡Hurraaaa! —gritó Puck, nerviosa—. Alto y delgado, mal afeitado, pelirrojo... Todo concuerda perfectamente.

—¿Con quién? —preguntó Moeller.

—Es la exacta descripción de Jespers, el camarero del hotel de Oesterby.

* * *

Sobreexcitada, Puck dio las gracias al tendero. No había duda. ¡El ladrón era Jespers!

—Corramos a la comisaría —dijo Puck—. Debemos liberar cuanto antes a Alboroto, tío Anders...

—Calma, muchacha, yo ya no tengo veinte años...

Y, volviéndose hacia el señor Iversen que les miraba sin entender palabra, dijo:

—Gracias. Ya se lo contaré todo más tarde. Como ve, esas dos chiquillas son muy impacientes. ¡Hasta pronto!

—Hasta la vista, señor Moeller...

Cuando salían de la tienda, vieron llegar un coche de la policía, del que salió el inspector Holm, que les saludó jovialmente:

—Veo que hemos tenido la misma idea —dijo.

—¿Qué quiere usted decir, inspector Holm?

El inspector rio.

—Quiero decir que todos hemos pensado que era preciso localizar el billete de 500 coronas... El director del banco me ha dicho que ustedes le habían telefoneado. Di, ¿qué has descubierto

tú, pequeña detective Puck?

Puck contestó sonriendo:

—Será mejor que se lo pregunte usted al señor Iversen, pero después no le quedará más remedio que correr al hotel de Oesterby para detener al camarero Jespers. Y ahora corramos a poner en libertad al pobre Alboroto.

El inspector rio de buena gana:

—Tranquilízate, tu amigo no recibe mal trato alguno. En este momento está sentado en mi despacho comiendo pastelillos de uvas secas... Pero es un tipo duro. ¡No quiere confesar!

—Y ¿por qué habría de confesar algo que no ha hecho?

—Eso es lo que voy a poner en claro ahora mismo, hijita —dijo antes de entrar en la mercería.

Cuando Puck y Navio se encontraron de nuevo en la atmósfera tibia del cuarto de estar del veterinario, estaban locas de alegría.

Pero en aquel instante Puck pareció recordar algo:

—¡Cielo Santo, Navio...! El rodaje...

Navio la miró con asombro:

—Bien, y ¿qué?

—Nos hemos escapado sin decírselo a nadie. El señor Brummer debía tomar varias escenas de las que yo formaba parte...

—Bien, bien, que tome esas escenas mañana.

Tienes razón, ahora lo más importante es poner en libertad a Alboroto.

—Bien, todo eso puede arreglarse —dijo el veterinario—. Dime, Bente, ¿has tenido noticias de tu padre últimamente?

—Sí, recibí una carta hace varios días. Está mejor... pero no podrá venir hasta el próximo otoño. Incluso tal vez no pueda hasta Navidad...

No te inquietes por eso —dijo cariñosamente la señora Moeller—. Lo importante es que se haya restablecido. Te aseguro que todos estaremos muy contentos de volverle a ver y confío en que pase unos días con nosotros.

En aquel instante un coche se detuvo ante la puerta. Y de él salieron el señor Frank... ¡y Alboroto!

Mientras el director y el veterinario se estrechaban las manos. Alboroto decía, sonriente:

—Hola, chicas. ¡Qué casualidad hallaros aquí...!

—¡Bandido! —dijo Puck sonriendo—. Pero de todos modos estamos muy contentas de verte. ¿No lo has pasado mal?

—¡Qué va! Me han invitado a tomar pastelillos y té. Y el comisario me ha rogado que le visite de vez en cuando.

—¡No seas fanfarrón, Hugo! —riñó el señor Frank, aunque sonreía—. No parecías muy contento cuando te he visto en la comisaría.

Puck dio un golpecito amistoso al hombro de Alboroto:

—Lo que quiero que sepas. Alboroto, es que aparte de los inspectores que han sospechado de ti por un rato, nadie, ni en la escuela ni entre los actores, ni siquiera el señor Brummer, te ha creído culpable un solo segundo.

—Gracias por decirme esto, mi pequeña Puck —contestó Alboroto, con gravedad—. Os estoy muy agradecido a ti y a Navio por lo que acabáis de hacer, sobre todo... ¡ejem!... teniendo en cuenta que no lo había merecido.

Puck rio de buena gana.

—Navio, ¿has oído? Parece ser que nuestro Alboroto se está volviendo sentimental.

Los adultos rieron y el veterinario Moeller, entonces, preguntó al señor Frank:

—Dígame, ¿no quisieran quedarse los cuatro a cenar en casa? Mi esposa acaba de poner al horno un succulento asado.

El director pareció dudar unos segundos:

—Muchas gracias, pero debo ocuparme del estudio de los alumnos y...

—¡Ya hemos estudiado nuestras lecciones, señor director! —exclamaron a coro Navio y Puck.

—¿Y tú, Alboroto, también has estudiado?

—Pues... Como siempre, señor director —dijo el muchacho, apurado—. Nunca nadie me pregunta las cosas que sé, y las que no sé... me las preguntan a cada clase. ¡He nacido bajo una mala estrella!

El señor Frank no pudo evitar una sonrisa.

—Siendo así —dijo al veterinario—, acepto su invitación.

Y todos juntos pasaron una excelente velada, particularmente

Plet, con quien Puck jugó durante largo rato.

La oscuridad era casi total cuando, en el coche del director, los tres muchachos regresaron al pensionado.

Alboroto, sentado entre ambas muchachitas, conversaba animadamente acerca de los acontecimientos del día. Pero el señor Frank le interrumpió de pronto:

—Francamente, Alboroto, creo que tienes demasiada imaginación. ¡La aventura que acabas de vivir no es nada del otro mundo! No vayas a creerte ahora el centro del universo.

Puck miró a su compañero sonriendo:

—Dime, Alboroto, ¿qué dirá Cavador de todo esto?

Alboroto lo supo cuando entró en el cuarto que compartía con Cavador y dio la luz. Cavador se sentó sobresaltado en la litera.

—Hola, viejo... Estaba seguro de que hallarías el modo de volver. Pero ¡no hubiera podido dormirme de no verte! Pareces triste...

Alboroto suspiró y se dejó caer en su cama:

—Es que... ¿Sabes?... Empiezo a preguntarme si somos tan listos como nos creemos.

* * *

Cuando le arrestaron, Jaspers, el camarero del hotel, protestó declarándose inocente, pero no tuvo éxito. Fue enfrentado con el señor Iversen y no pudo explicar la procedencia del billete de 500 coronas. Negó, se contradijo, y acabó confesando. Admitió, entonces, haber entrado de madrugada en la habitación del señor Brummer, sin ser visto, apoderándose del cofre, que luego había ocultado en el granero. Había cogido el billete de 500 coronas con la intención de cambiarlas en seguida, por temor a que la policía pudiera seguir las huellas de semejante billete, como al cabo había sucedido.

La inesperada desaparición de Puck no había causado graves trastornos al señor Brummer, que se había visto obligado, simplemente, a cambiar el orden de rodaje. En el transcurso de los días siguientes, el rodaje tuvo lugar junto a las ruinas del castillo

viejo, bajo excelentes condiciones atmosféricas.

El señor Brummer prometió a sus jóvenes actores que el próximo otoño podrían ver la película en los cines del vecindario. ¡Y chicos y chicas suspiraron resignadamente, aunque esperar hasta el otoño les parecía una eternidad!

Entonces, el actor Fogh tuvo una idea que comunicó al señor Brummer:

—Puesto que la película nos cuenta la historia de una pareja insatisfecha del medio ambiente en que le ha tocado vivir, podríamos añadir al final unas escenas tomadas libremente del modo cómo esos chicos y chicas viven felices en este pensionado, con sus clases, sus campos de deportes, sus piscinas...

Aquella sugerencia fue muy del agrado del señor Brummer.

—Buena idea, Fogh. Pase usted por caja para que le entreguen 100 coronas de prima.

—¡Gracias, señor Brummer!

El director de cine estuvo hablando largo rato con el señor Frank y, a partir del día siguiente, se rodaron escenas en el terreno de juego del pensionado de Egeborg. Los alumnos se prestaron con entusiasmo a ello, ya que se sentían totalmente en su verdadero elemento.

El señor Strandvold, profesor de gimnasia, dirigió los diversos ejercicios, y se sentía en el mejor de los mundos. No por quedar immortalizado en un filme, sino por entregarse en cuerpo y alma a los deportes, que eran la razón de su vida.

Por ello, Alboroto era su alumno favorito. Así como los demás profesores tenían del muchacho una mediocre impresión, Strandvold proclamaba orgullosamente que nunca había tenido Egeborg un alumno tan aventajado como Hugo Svendsen, llamado Alboroto, ¡y cosa curiosa, Puck no le resultaba nada simpática!

Todo el mundo se había congregado en el terreno de juego, para asistir al rodaje. Las más deportivas jovencitas debían efectuar un concurso de salto de altura y longitud, y una carrera de 60 metros lisos. Alboroto agitó el índice en dirección a Puck y Karen, diciendo:

—Vamos, vamos, hijas mías... ¡Demostrad de lo que sois capaces!

Después de los ejercicios, Puck y sus amigas se tendieron en la

hierba para recuperarse del cansancio. Ahora, entre las ocupantes del «Trébol de Cuatro Hojas» la atmósfera era siempre muy cordial; Karen dijo sonriente:

—¿Te acuerdas Puck de aquella vez en que me dejaste ganar los 60 metros lisos? Me puse furiosa...

—Hace tanto tiempo de aquello, Karen, querida... Lo importante es ahora que las cuatro ocupantes del «Trébol» somos inseparables amigas.



Entonces Puck concentró su atención en la prueba de altura que estaban efectuando los muchachos. ¡Alboroto saltó con un estilo verdaderamente impecable!

Se volvió hacia sus compañeras y dijo:

—Nuestro amigo Alboroto tiene excelentes piernas.

—Y también una buena cabeza —dijo Navio—. Sobre todo para urdir bromas...

—De todos modos es un excelente compañero —declaró Inger, serenamente.

Después del rodaje, el señor Brummer y el director intercambiaron opiniones.

La voz un tanto autorizada de Brummer tenía ahora matices llenos de afecto.

—Verdaderamente, señor Frank, debo reconocer que es un auténtico placer trabajar con sus alumnos...

—¿Incluso con Hugo? —preguntó el señor Frank sonriente.

—Sí, también con él. El cine es un ambiente brutal, que endurece a todos. Los días pasados aquí me han ido bien. Sus alumnos se han divertido y yo... me siento un tanto melancólico de tener que irme mañana.

—Espero que, cuando vea usted proyectado el filme en una pantalla, se sienta igualmente contento del trabajo de mis alumnos.

—De eso no hay duda alguna. En particular, el trabajo de Bente me ha apasionado. Estoy seguro de que podría hacer una buena carrera como actriz, si fuera convenientemente dirigida. ¿Cree usted que... sería factible?

—No es cosa mía responder a esa pregunta. Su padre regresará a Dinamarca dentro de medio año y de aquí a entonces el mejor lugar para Bente es Egeborg.

—No lo pongo en duda —dijo el director de cine, suspirando—. Puede considerarse usted feliz, señor Frank, por vivir rodeado de tanta gente joven, sana y alegre...

El director estuvo de acuerdo:

—Sí. Tal vez soy el hombre más feliz del mundo...



El gordo Svend, presidente del consejo de alumnos, había convocado a unas cuantas personas en una de las clases. Se trataba del señor Frank, las cuatro ocupantes del «Trébol de Cuatro Hojas», Alboroto, Cavador y Karl Schultz, llamado Caoba.

Cuando todo el mundo estuvo sentado, Svend subió solemnemente los tres peldaños que conducían a la tarima del profesor, se sentó y dio una ojeada a sus papeles. Después tosió para aclararse la voz y declaró:

—Han sido ustedes convocados a esta reunión como consecuencia de un deseo expresado por las altas esferas..., es decir

por nuestro director, señor Frank, para discutir sobre el fondo que vamos a crear con la suma de 400 coronas ganadas durante el rodaje del filme en las últimas semanas...

Svend miró a su auditorio y prosiguió:

—Hemos decidido consagrarlo a fines útiles...

—¡Al fondo de reparación! —exclamó Alboroto.

Svend le dirigió una amable sonrisa:

—Querido Alboroto, esa idea te honra... Confieso que entre tú y tu amigo Cavador habéis roto tantos cristales y deteriorado tantos objetos que es urgente reponer los fondos de reparación. Ya nos ocuparemos de ello más adelante. Para administrar el dinero antes citado, el señor Frank propone crear una junta con todas las personas aquí presentes...

—¡Vaya...! —exclamó Alboroto.

Svend asintió:

—Comprendo tu sorpresa. Alboroto. Tu comportamiento no es siempre tal que parezca adecuado para una misión tan importante, pero nuestro director te ha propuesto y él sabe siempre por qué hace las cosas. Bien, ¿están todos ustedes dispuestos a formar parte del comité administrativo de las 400 coronas?

Hubo un general murmullo de aprobación. Tras el cual Svend prosiguió:

—Perfecto... El director ha precisado que él sólo formará parte del comité a título consultivo. Por tanto las decisiones debemos tomarlas los demás. Así que yo propongo destinar las primeras 200 coronas al fondo de reparación.

—¡Bravo! —aprobaron unánimemente Alboroto y Cavador.

—Pero que esto no anime a ciertas personas que no quiero nombrar a seguir rompiendo cristales —prosiguió Svend imperturbable—. ¿Hay alguien que tenga alguna proposición más?

—Sí, yo —dijo Puck levantándose.

—Te escuchamos, Puck —dijo Svend.

Puck miró hacia Alboroto y Cavador y dijo sonriendo:

—Soy la primera en reconocer que Alboroto y Cavador son un par de granujillas como no hay otros...

—Vaya... —suspiró Alboroto.

—Pero su fondo no es malo —prosiguió Puck.

—Eso ya está mejor —dijo Cavador.

—Sabemos —continuó Puck— que la suerte no les ha sido propicia últimamente a esos dos caballeretes, en especial al pobre Alboroto que ha tenido serias dificultades. Lo más grave es que ambos se han visto empobrecidos en 32 coronas y media cada uno. Ese dinero formaba parte de sus ahorros para pasar unas vacaciones en Inglaterra... Por eso yo propongo que les sea ofrecida a cada uno una suma de 100 coronas...

—Bravo, Puck —exclamó Alboroto, entusiasmado—. ¡Eres una chica formidable!

—Calma, Alboroto —recomendó Svend—. No te embales, amigo. ¿Qué piensan de eso los demás miembros del comité?

—Estoy de acuerdo —dijo Cabador.

Inger, Karen y Navio apoyaron la proposición de Puck, como era de suponer, y el director dijo, sonriente:

—Opino, como Puck, que esos dos pobres muchachos han sufrido una serie de calamidades en los últimos días... Pero es necesario decir que se las habían buscado ellos mismos. De todos modos, estoy a favor de la gentil proposición de Puck.

—Nosotros también votamos a favor —dijo Cavador.

Svend asintió:

—Yo también voto a favor, por lo tanto la proposición se acepta por unanimidad. Sin embargo, quiero hacer constar que ese dinero no les será entregado a los señores Alboroto y Cavador hasta la víspera de su partida para Inglaterra, bajo la forma de un billete de 5 libras esterlinas a cada uno. ¿Hay otras proposiciones?



Inger propuso que el periódico «La Hoja de Encina» recibiera una subvención de algunas coronas a fin de que, al menos en su primer año de publicación, pudiera ser repartido gratuitamente. El precio de venta se elevaba a media corona y ella se temía que resultara caro para muchos de los alumnos. También aquella propuesta fue aprobada por unanimidad y se levantó la sesión.

Cuando las cuatro amigas se encontraron en el «Trébol de Cuatro Hojas», Navio se tendió en su cama y dijo con desenvoltura:

—No habría sido mala idea tampoco votar por medio kilo de chocolate con leche...

—Eres una golosa —dijo Inger sonriendo y le alargó una pastilla de chocolate que sacó de su armario—: Toma, repártela con Puck y Karen.

Navio abrió dos ojos como dos platos.

—No, gracias —dijo Puck—, no tengo tiempo.

—¿Cómo? ¿No tienes tiempo para comer chocolate? ¿Te has vuelto loca por casualidad?

—Nada de eso...

—Entonces ¿por qué rehúsas el chocolate, chocolate con almendras, además?

Puck sonrió.

—Es por no hacer trabajar las mandíbulas y el cerebro al mismo tiempo. He prometido a Alboroto un artículo sobre cine para esta misma noche.

—Como quieras —declaró Navio, saboreando su parte de chocolate—. Confío en que nuestra presencia no te estorbe, señora redactora.

—¡De ninguna manera! —repuso Puck riendo—. Es decir siempre y cuando no hagáis ruido al masticar el chocolate.

Y se puso a escribir su artículo.

Durante unos segundos miró la blanca cuartilla que tenía ante sí; luego alzó la vista hacia el jardín soleado y finalmente se inclinó y escribió:

El cine es la maravillosa aventura de los tiempos modernos. Nació en 1890, cuando el gran inventor Tomás Edison...

Mientras las demás mordisqueaban chocolate, ella empezó a mordisquear la punta de su lápiz. Estaba totalmente absorbida por sus pensamientos. ¿Qué podía decirse de Edison? Sabía que había inventado la lámpara incandescente, pero ¿qué relación tenía aquello con el cine? Tal vez fuera conveniente ir a consultar el diccionario enciclopédico de la Biblioteca.

Un poco más tarde, cuando Inger, Karen y Navio se hubieron eclipsado, Puck entró en la biblioteca, tomó el tomo correspondiente del diccionario y empezó a copiar:

«Tomás Edison fue el primero en utilizar cintas de celuloide para fijar las imágenes animadas, después de haber construido entre 1891 y 1893 el cinetoscopio, un primitivo aparato de proyección que tenía el inconveniente de que sólo podía verlo una sola persona a la vez, a través de un agujero practicado en la caja...».

Durante la media hora siguiente, Puck trabajó enérgicamente hasta

acabar su artículo. Suspiró aliviada. Ya podía reunirse con sus amigas y participar en sus juegos. Evidentemente su artículo no era muy original, casi lo había copiado textualmente de la enciclopedia. ¡Pero Alboroto no descubriría el subterfugio! Y hacía tan buen tiempo en el jardín, para estarse allí encerrada escribiendo...

Puck recogió sus escritos y salió al jardín.

Cuando vio a Alboroto, le dijo alegremente:

—Querido Alboroto, he aquí el artículo prometido.

—Eres rápida como el relámpago, Puck. Con tales dotes de escritora, irás lejos... Pero como me temía que no pudieras terminarlo a tiempo, también yo he escrito uno.

Y sacó de su bolsillo unas arrugadas cuartillas.

—Toma, lee... Sin vanagloriarme, puedo afirmar que me ha quedado bastante bien...

Y Puck, con estupefacción creciente, empezó a leer:

Tomás Edison fue el primero en utilizar cintas de celuloide para fijar las imágenes animadas...

Alboroto que, también por su parte había empezado a leer el artículo de Puck, estalló en sonoras carcajadas.



—¡Puck, creo que tanto tú como yo somos un par de buenos tramposos!

Alboroto permaneció un rato en silencio, indeciso, y al cabo, dijo:

—Oye, Puck, tengo una idea sensacional que podrá ahorrarnos un tiempo precioso. Publicaremos ese artículo en «La Hoja de Encina» con una nota que diga: «Los lectores que duden de la exactitud del artículo, pueden consultar la enciclopedia de la biblioteca del pensionado, en el apartado titulado Historia del cine».

—¡Hum! ¿No crees que eso sería tomarnos demasiado a la ligera

nuestras responsabilidades de redactores?

—¡Tanto peor! Tenemos tantas cosas que hacer... Mira. Ese poema aparecerá en el próximo número del periódico.

Alboroto sacó de su bolsillo un trozo de papel arrugado y lo tendió a Puck, la cual pudo leer:

*«En nuestro pensionado vive una jovencita
dulce, buena, bonita, a quien llamamos Puck.
Su corazón de oro
siempre está preparado
a sacarte del fregado
en que te has metido tú.
¡Y todos sabemos, de esta manera,
que ella es nuestra mejor compañera!».*

Creo que voy a ponerme a llorar a lágrima viva, querido Alboroto —dijo Puck devolviéndole el papel—. Ni Víctor Hugo lo hubiera hecho mejor...

—¡Exageras! —dijo Alboroto, con falsa modestia—. Pero te confieso que estoy bastante contento con mi poema...

—¡Nunca pude esperar mejor homenaje! Pero... me harías un gran, favor si no lo publicaras...

—¿Cómo, por qué?

—Tu bello poema será aún más valioso para mí si... ¡ejem!... si pudiera guardarlo para mí sola —respondió Puck con un ligero temblorcillo en la voz—. Lo guardaré como un bello recuerdo y siempre que me sienta deprimida, lo leeré.

Alboroto pareció decepcionado, pero entregó de nuevo el papel a Puck.

—O. K. Pero no olvides que he sudado sangre para escribirlo —le dijo.

—Gracias, Alboroto. Me parece que voy a ponerlo en un marco. ¡Eres un gran amigo!

—Tú también eres extraordinaria, Puck, de veras...

—¡Ya nos ves, convertidos en grandes amigos! —exclamó Puck riendo.

Y luego añadió:

—Esperemos que la nuestra sea una amistad sin... demasiados incidentes.

∞